

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)



**Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los
Medios**

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades

**Las voces de Analco
Crónicas de barrio**

PRESENTA

Rodrigo Estrada Hernández
Licenciatura en Periodismo y Comunicación Pública

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías

Asesor de PAP: Iván González Vega

Tlaquepaque, Jalisco, Primavera 2025

ÍNDICE

REPORTE PAP	3
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional.....	3
Resumen	3
1. Introducción.....	4
1.1. Objetivos	4
1.2. Justificación	5
1.3 Antecedentes	6
.4. Contexto.....	14
2. Desarrollo	15
2.1. Sustento teórico y metodológico.....	15
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	18
3. Resultados del trabajo profesional	63
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	65
5. Conclusiones	68
6. Bibliografía.....	71

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

El barrio de Analco, fundado en 1543, es uno de los asentamientos más antiguos de Guadalajara y una pieza clave en su configuración histórica y social. Originalmente, fue establecido como un barrio indígena, separado de la población española por el río San Juan de Dios, lo que lo convirtió en una república de indios bajo el dominio colonial. Durante siglos Analco fue hogar de artesanos, carpinteros y albañiles indígenas, cuya labor fue esencial para la expansión de la ciudad. Sin embargo, la segregación social y racial impuesta desde la Colonia marcó su desarrollo, haciendo que Analco se consolidara como un barrio de trabajadores con identidad propia, pero marginado en relación con el centro de Guadalajara. Con la urbanización del siglo XX el río fue entubado y la Calzada Independencia ocupó su cauce, alterando el tejido urbano, pero manteniendo simbólicamente la división entre el centro y la periferia. A finales del siglo XX las explosiones de 1992 devastaron una parte del barrio, reforzando su historia de vulnerabilidad y

resistencia. Este ensayo explora la evolución de Analco, desde su fundación hasta la actualidad, analizando su importancia en la memoria histórica de Guadalajara.

1. Introducción

1.1. Objetivos

Objetivo general: el objetivo principal de este proyecto es analizar la evolución histórica del barrio de Analco, desde su fundación hasta la actualidad, destacando los momentos clave que marcaron su desarrollo y transformación. Se busca entender las causas de su marginalización en la actualidad, poniendo especial énfasis en los factores socioeconómicos, las consecuencias de las explosiones de 1992 y los efectos de la delincuencia, para ofrecer una visión crítica sobre la situación actual del barrio.

Objetivos específicos

- Identificar los orígenes de Analco, su fundación y su rol como una de las colonias más importantes de la ciudad.
- Documentar, a través de la literatura, la transformación de Analco a lo largo de los siglos, resaltando sus cambios urbanos, sociales y culturales.
- Rescatar las memorias y tradiciones orales que aún perviven en la comunidad, dándoles forma dentro de las crónicas.
- Vincular el pasado y el presente del barrio, explorando los efectos del tiempo en sus calles, su gente y su identidad.
- Examinar los eventos históricos que han marcado su desarrollo, con especial atención a momentos clave que contribuyeron a su prosperidad inicial.
- Analizar los factores que han influido en su marginalización, considerando el impacto de las explosiones de 1992 y el aumento de la delincuencia.

- Realizar un análisis comparativo entre su apogeo y su situación actual, con el fin de entender las dinámicas sociales y económicas que han llevado a su actual marginación.
- Proponer posibles soluciones o estrategias para mejorar la situación del barrio, basadas en los hallazgos obtenidos.

1.2. Justificación

El estudio del barrio de Analco es fundamental tanto desde un enfoque social como académico, pues permite comprender los procesos históricos que dan forma a la identidad urbana de una ciudad, así como los factores que contribuyen a la transformación de comunidades en espacios marginales. Analco, como una de las colonias fundadoras y más relevantes en los inicios de la ciudad, ha sido testigo de cambios profundos que no sólo reflejan la evolución de una comunidad, sino también las complejas dinámicas sociales y económicas de la región.

En primer lugar, el análisis de este barrio ayuda a reconocer cómo la historia, las políticas públicas, los eventos como las explosiones de 1992, y el aumento de la violencia y la delincuencia han influido en su actual situación. Además, al entender las causas de su marginación, este proyecto tiene el potencial de aportar soluciones concretas que ayuden a mejorar la calidad de vida de los habitantes actuales de Analco, contribuyendo a la regeneración urbana y la revitalización de áreas históricas.

Este trabajo es relevante en términos disciplinarios, pues ofrece un enfoque interdisciplinario entre la historia, la sociología y el urbanismo, lo que permitirá desarrollar una comprensión más profunda de las dinámicas que enfrentan los barrios en proceso de marginalización. Los beneficios esperados incluyen una mejor comprensión de los retos urbanos contemporáneos y el desarrollo de estrategias que favorezcan la inclusión social y la preservación del patrimonio histórico en áreas como Analco.

1.3. Antecedentes históricos de Analco: evolución de un barrio emblemático de Guadalajara

1. Época Precolombina

Antes de la llegada de los españoles, la región donde se ubica actualmente Analco estaba habitada por diversos grupos indígenas, principalmente de las etnias coca y tecuexe. Estos pueblos, que formaban parte de la compleja red de sociedades prehispánicas del occidente de México, eran conocidos por su resistencia, su organización social y sus habilidades en la caza y recolección (Muñoz, 2025).

Los cocas constituyen una de las etnias indígenas más antiguas del actual estado de Jalisco, México. Históricamente, habitaron la región sureste de Jalisco, en especial las inmediaciones del lago de Chapala, donde establecieron aldeas dedicadas a la pesca, la agricultura y el comercio regional (Martínez, 2008). Su idioma, también denominado coca, presentaba similitudes con el náhuatl, lo que indica influencias culturales compartidas con los pueblos del centro de México (Covarrubias, Rosas, 2015). Se han encontrado objetos de cerámica y petroglifos atribuidos a los cocas en las cercanías del lago de Chapala y el río San Juan de Dios, lo que evidencia su presencia y desarrollo cultural en la zona (Serrano, 2018).

Por otro lado, los tecuexes eran conocidos por su espíritu guerrero y su oposición a la expansión de otros pueblos mesoamericanos, como los purépechas. Estos grupos mantenían alianzas estratégicas con los cocas para resistir las incursiones purépechas, quienes intentaban expandirse hacia el occidente de México debido a su interés en controlar rutas comerciales y recursos naturales. Los tecuexes también se distinguieron por sus prácticas rituales y por la organización de pequeños cacicazgos locales, que regulaban la distribución de tierras y recursos entre sus comunidades (Schmal, 2025).

Con la llegada de los españoles en el siglo XVI, la región de Jalisco experimentó una transformación profunda. La evangelización, llevada a cabo principalmente por los frailes franciscanos, resultó en la destrucción de estatuas y objetos rituales de los cocas y tecuexes, considerados paganos por los misioneros

(Alcántar, Thomas, 2017). Además, muchos indígenas fueron sometidos a trabajos forzados en las encomiendas, lo que provocó una drástica reducción de la población debido a enfermedades y violencia (Rodríguez, 2024).

Además de los cocas y tecuexes, la región de Jalisco era hogar de otras etnias indígenas, como los huicholes (wixárikas), los coras y los caxcanes. Cada uno de estos grupos contribuyó a la diversidad cultural y lingüística de la zona, estableciendo sus propias tradiciones, sistemas de organización social y prácticas religiosas (Peña, de la, 2006).

Los huicholes, conocidos por su cosmovisión basada en el peyote y sus elaboradas representaciones artísticas, han logrado preservar gran parte de su herencia cultural hasta la actualidad (Negrín, 1979). Los coras, con una estructura política bien organizada, habitaron principalmente en la sierra nayarita, pero mantenían vínculos comerciales con los pueblos de Jalisco (Jáuregui, 2004). Por su parte, los caxcanes participaron activamente en la resistencia contra la colonización española, siendo parte de la llamada Guerra del Mixtón en 1541–1542, un conflicto que resultó en la represión violenta de los pueblos indígenas por parte de las fuerzas virreinales (Palacios, 2010).

El estudio de estas sociedades prehispánicas nos permite comprender la complejidad cultural e histórica del occidente de México, así como la importancia de preservar la memoria de los pueblos originarios que dieron forma a la región.

2. La Conquista y la fundación de Analco

Tras la fundación definitiva de Guadalajara en el Valle de Atemajac, en 1542, los frailes franciscanos establecieron en 1543 el poblado de Analco, cuyo nombre en náhuatl significa “al otro lado del río” (Castillo, 1998), refiriéndose al río San Juan de Dios que lo separaba del centro de la ciudad. Este asentamiento fue concebido como un barrio de indios, siguiendo la política colonial de segregación territorial que buscaba mantener a la población indígena en comunidades diferenciadas de los colonos españoles.

Los frailes franciscanos desempeñaron un papel central en la fundación y organización de Analco, promoviendo la evangelización y la imposición de nuevas prácticas culturales y religiosas. La construcción de capillas y misiones en la región sirvió como una estrategia para asimilar a los indígenas dentro del orden cristiano y colonial. Desde sus primeros años, Analco se convirtió en un punto clave para la mano de obra indígena en Guadalajara, con sus habitantes desempeñando roles fundamentales en la construcción de edificaciones, la producción artesanal y el comercio local.

El río San Juan de Dios, además de ser un elemento geográfico distintivo, también representó una barrera simbólica que marcó la división entre la Guadalajara española y el barrio de Analco (Castillo, 1998). Esta separación reflejaba la estructura social colonial, en la que los españoles ocupaban el centro de la ciudad, mientras que los indígenas y mestizos eran relegados a las periferias. No obstante, a lo largo del tiempo, Analco fue adquiriendo una identidad propia, caracterizada por la resistencia cultural y la preservación de tradiciones prehispánicas en combinación con las nuevas influencias coloniales.

3. Desarrollo en los siglos XVI al XVIII

- Siglo XVI: Analco se consolidó como un asentamiento indígena con alrededor de 500 habitantes hacia 1550, superando en población a la propia Guadalajara en ese entonces. Su crecimiento estuvo vinculado a la llegada de poblaciones indígenas desplazadas por la colonización, quienes encontraron en Analco un refugio y una comunidad donde mantener sus costumbres y formas de organización. La economía del barrio se basó en la producción artesanal y la mano de obra indígena, que contribuyó de manera fundamental a la construcción de Guadalajara, incluyendo sus conventos, iglesias y edificaciones coloniales.
- Siglo XVII: se construyó el Templo de San Sebastián de Analco, una de las edificaciones más antiguas de la ciudad, que aún se conserva como patrimonio histórico. Este templo representó un punto central en la

evangelización de la población indígena, y su construcción estuvo a cargo de los propios habitantes de Analco, quienes utilizaron materiales locales y técnicas tradicionales. Durante este periodo, el barrio se consolidó como un espacio de resistencia cultural, donde las tradiciones indígenas sobrevivieron en forma de sincretismo con las prácticas cristianas impuestas por los frailes franciscanos.

- Siglo XVIII: el barrio continuó su desarrollo, manteniendo su carácter predominantemente indígena y artesanal, con oficios como carpintería, herrería y alfarería. Estos oficios no solamente fueron esenciales para la economía local, sino que también contribuyeron al crecimiento de Guadalajara, ya que los productos de Analco eran ampliamente demandados en la ciudad y sus alrededores. Sin embargo, la expansión de la población mestiza y los cambios en la estructura económica de la región comenzaron a modificar la composición social del barrio, preparando el terreno para su integración progresiva en la ciudad en los siglos siguientes.

4. Independencia de México y siglo XIX

En 1821, tras la consumación de la Independencia de México, Analco fue incorporado formalmente como un barrio de Guadalajara, lo que marcó un punto de inflexión en su desarrollo urbano y social (Students reinventing cities, s.f.). A lo largo del siglo XIX la zona experimentó cambios significativos debido a la urbanización y la llegada de inmigrantes que buscaban oportunidades laborales en la creciente ciudad.

Durante este periodo Guadalajara se consolidó como un centro económico y comercial, atrayendo a personas de diversas regiones del país, lo que generó una mayor diversificación en la composición social de Analco. El barrio, que había sido un enclave predominantemente indígena y artesanal, comenzó a integrar nuevas dinámicas urbanas, con la apertura de mercados y la consolidación de pequeñas industrias familiares.

Sin embargo, el crecimiento de la ciudad también trajo consigo desigualdades y problemáticas sociales. Las condiciones de vida en Analco se vieron afectadas por el aumento de la población y la falta de infraestructura adecuada, lo que generó problemas de salubridad y hacinamiento en algunas zonas del barrio. A pesar de estos desafíos, la comunidad de Analco mantuvo su fuerte identidad cultural, conservando muchas de sus tradiciones y costumbres en un contexto de cambio constante.

El siglo XIX también fue un periodo de inestabilidad política en México, con conflictos internos que afectaron la vida en Guadalajara y sus barrios. Analco no fue ajeno a estos acontecimientos, y sus habitantes participaron en diversos movimientos sociales y políticos que marcaron la historia de la región. La consolidación de Guadalajara como una ciudad moderna a finales del siglo XIX sentó las bases para la transformación de Analco en el siglo XX, con la introducción de nuevas formas de urbanización y la expansión de la infraestructura pública.

5. La Revolución Mexicana y el siglo XX

A lo largo del siglo XX Analco fue testigo de eventos trascendentales que alteraron su estructura social y urbana. Durante la Revolución Mexicana (1910–1920), Guadalajara y sus alrededores fueron escenarios de diversas confrontaciones entre facciones revolucionarias y el gobierno federal. Aunque Analco no fue un epicentro del conflicto, sus habitantes sufrieron los estragos de la guerra, incluyendo desplazamientos forzados y cambios en la economía local.

En la década de los cuarenta Guadalajara experimentó un proceso acelerado de urbanización y modernización, lo que tuvo repercusiones directas en Analco. La ampliación de la infraestructura vial y la creciente migración rural–urbana transformaron la dinámica del barrio, que pasó de ser una comunidad con predominio indígena y artesanal a una zona urbana con nuevas formas de comercio y actividad económica.

Uno de los eventos más devastadores en la historia moderna de Analco fue la tragedia del 22 de abril de 1992 (Cárdenas, 2022), cuando una serie de

explosiones en el sistema de alcantarillado destruyeron gran parte del barrio y otras zonas aledañas. Estas explosiones, causadas por la acumulación de gasolina en los ductos subterráneos, dejaron un saldo de más de 200 muertos, cientos de heridos y daños materiales incalculables. La tragedia marcó un punto de inflexión en la historia de Guadalajara y de Analco, evidenciando fallas en la infraestructura urbana y en la regulación de sustancias peligrosas. La posterior reconstrucción del barrio fue un proceso lento y lleno de desafíos, con esfuerzos de la comunidad y del gobierno para recuperar la zona afectada.

A pesar de las adversidades, Analco mantuvo su identidad cultural y su espíritu de resiliencia. Durante la segunda mitad del siglo XX diversos movimientos vecinales y organizaciones civiles surgieron con el objetivo de preservar el patrimonio arquitectónico del barrio y mejorar sus condiciones de vida. El legado de Analco como uno de los barrios más antiguos de Guadalajara sigue siendo un símbolo de resistencia y memoria histórica en la ciudad.

6. Personajes destacados

Analco ha sido cuna de figuras notables que han dejado una huella en diversas disciplinas, desde la música hasta la medicina y el derecho. Su legado refleja la riqueza cultural y social del barrio.

Las Hermanas Águila (Paz y Esperanza). Dúo musical reconocido en la época de oro de la música mexicana. Nacidas en Analco, estas talentosas cantantes y compositoras se destacaron por su interpretación de boleros y rancheras, dejando un legado musical que sigue vigente en la actualidad. Su influencia en la música mexicana ha sido ampliamente reconocida y su repertorio aún es interpretado por nuevos artistas del género.

Familia Gallo Lozano. Destacados médicos y abogados originarios del barrio. Esta dinastía ha contribuido de manera significativa al desarrollo profesional en Jalisco, con miembros de la familia que han desempeñado papeles clave en instituciones académicas y de salud (García & Estrada, 2020). Su compromiso con

la comunidad y el progreso social de Guadalajara ha sido ampliamente documentado en crónicas locales.

José Guadalupe Zuno Hernández. Importante político y promotor cultural nacido en Guadalajara, con fuertes vínculos con Analco. Fue gobernador de Jalisco (1923–1926) y desempeñó un papel clave en el desarrollo de políticas educativas y culturales en la región. También se destacó como pintor y escritor, dejando una huella significativa en la historia del estado.

Fray Antonio Alcalde y Barriga. Aunque no fue originario de Analco, este fraile dominico desempeñó un papel decisivo en el desarrollo del barrio durante el siglo XVIII. Fundó instituciones de beneficencia y promovió la educación y la salud en Guadalajara, impactando directamente a la comunidad de Analco.

El reconocimiento de estas personalidades ilustra la importancia de Analco como un espacio de talento, tradición y contribución al desarrollo cultural y social de Guadalajara.

7. Importancia del Río San Juan de Dios

El río San Juan de Dios ha sido decisivo para el desarrollo de Analco, y ha desempeñado un papel fundamental en la economía y la vida cotidiana del barrio. Durante la época colonial el río proporcionaba agua para el consumo humano, la agricultura y las actividades artesanales, además de servir como una vía natural de comunicación y comercio en la región.

Sin embargo, el río también representó una barrera natural que separaba físicamente a Analco del centro de Guadalajara, reforzando la segregación social y urbana que caracterizó la estructura colonial de la ciudad. Esta división persistió durante siglos, y aunque la urbanización moderna ha modificado su geografía, su impacto en la historia de la ciudad sigue siendo significativo.

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con el crecimiento acelerado de Guadalajara, el río comenzó a ser modificado mediante proyectos de canalización para controlar inundaciones y mejorar la infraestructura urbana. Sin

embargo, la contaminación y el deterioro ambiental afectaron su papel original como fuente de recursos para la comunidad.

Finalmente, en 1947 el río fue entubado y se construyó la Calzada Independencia sobre su antiguo cauce, consolidando la transformación de la zona y reforzando la división entre Analco y el centro histórico de Guadalajara. A pesar de su desaparición en la superficie, el río San Juan de Dios sigue siendo un símbolo del pasado del barrio y un recordatorio de su importancia en la evolución de la ciudad.

8. Siglo XXI: preservación y memoria

En la actualidad Analco mantiene una fuerte identidad cultural, aunque enfrenta desafíos como la gentrificación, la pobreza y el abandono patrimonial. La transformación urbana y el crecimiento de Guadalajara han impactado significativamente al barrio, alterando su dinámica social y económica.

Diversas iniciativas de rescate histórico y cultural han sido impulsadas con el objetivo de preservar su legado arquitectónico y social. Proyectos de restauración de edificios históricos, la promoción de actividades culturales y la revalorización del espacio público han sido claves en la revitalización del barrio. Además, organizaciones comunitarias y académicas han trabajado en la documentación de su historia y en la concienciación sobre la importancia de su preservación.

Analco sigue siendo un símbolo de la historia viva de Guadalajara, un testimonio de la fusión entre su pasado indígena y su evolución urbana. La lucha por su conservación es un reflejo del compromiso de sus habitantes y de la sociedad en general por mantener viva la memoria de uno de los barrios más antiguos y emblemáticos de la ciudad.

9. Las explosiones del 22 de abril de 1992

Uno de los eventos más devastadores en la historia moderna de Analco y Guadalajara ocurrió el 22 de abril de 1992, cuando una serie de explosiones en el

sistema de alcantarillado destruyeron gran parte del barrio y otras zonas aledañas. La tragedia fue causada por la acumulación de gasolina en los ductos subterráneos debido a fugas de combustible provenientes de oleoductos en mal estado y una red de drenaje defectuosa. Este incidente dejó un saldo de más de 200 muertos, cientos de heridos y daños materiales incalculables.

El desastre evidenció graves fallas en la infraestructura urbana y en la regulación de sustancias peligrosas, así como la negligencia de autoridades locales y empresas involucradas en el manejo de combustibles. Investigaciones posteriores señalaron que Pemex, la paraestatal encargada de la distribución de hidrocarburos en México, había detectado las fugas días antes del desastre, pero no tomó medidas preventivas efectivas.

Las explosiones afectaron severamente a la comunidad de Analco, destruyendo hogares, comercios e infraestructura pública. El impacto social fue profundo, ya que muchas familias perdieron sus viviendas y medios de subsistencia. La posterior reconstrucción del barrio fue un proceso lento y lleno de desafíos, con esfuerzos de la comunidad y del gobierno para recuperar la zona afectada.

Consecuencias y reacciones

El desastre del 22 de abril de 1992 marcó un antes y un después en la historia de Guadalajara y sus barrios históricos como Analco. Entre las principales consecuencias se encuentran:

- Reformas en la regulación del manejo de hidrocarburos. Se implementaron medidas más estrictas para el control y mantenimiento de oleoductos en áreas urbanas.
- Demandas contra autoridades y empresas responsables. Varias familias afectadas emprendieron acciones legales buscando justicia por la negligencia que llevó a la tragedia.
- Creación de espacios de memoria. Se establecieron monumentos y conmemoraciones anuales en honor a las víctimas de la explosión.

1.4 Contexto

Analco es uno de los barrios más antiguos de Guadalajara, Jalisco, con una historia que se remonta a la época de la colonización española en el siglo XVI. Su fundación en 1543 respondió a la necesidad de establecer un asentamiento indígena separado de la población española, en cumplimiento de la política colonial de las “repúblicas de indios”, que restringía el contacto entre los nativos y los colonos europeos. Esta separación estuvo marcada por el río San Juan de Dios, que actuó como una frontera tanto geográfica como social.

Desde sus inicios, Analco fue un barrio de oficios, donde indígenas cocas, tecuexes y otras etnias trabajaban como herreros, carpinteros, alfareros y albañiles, participando en la construcción y expansión de Guadalajara. A pesar de su importancia económica, la segregación colonial impidió su desarrollo equitativo en relación con el centro de la ciudad.

Con el paso del tiempo, Analco se transformó en un espacio de identidad cultural y resistencia indígena y mestiza, manteniendo tradiciones propias mientras absorbía las influencias de la urbanización. A finales del siglo XIX y principios del XX, la modernización de Guadalajara llevó a la entubación del río San Juan de Dios, lo que resultó en la construcción de la Calzada Independencia, una vía que reforzó la histórica división de la ciudad entre el centro y sus barrios marginados.

En 1992 Analco sufrió una de las mayores tragedias en la historia de Guadalajara: las explosiones del sistema de alcantarillado, que destruyeron varias calles y dejaron cientos de muertos y heridos. Este evento reafirmó el carácter vulnerable del barrio, pero también su capacidad de resiliencia.

Actualmente, Analco sigue siendo un espacio con un fuerte arraigo histórico y cultural, donde la memoria del pasado convive con los desafíos de la modernidad. Este ensayo analiza su evolución a lo largo de los siglos, destacando su papel en la historia de Guadalajara.

2. Desarrollo

2.1 Sustento teórico y metodológico

La construcción literaria de la historia no solamente es una herramienta estética, sino también un medio de preservación cultural. En este proyecto, la reconstrucción narrativa de Analco se sustenta en diversas corrientes teóricas que abordan la memoria, la identidad y la literatura como vehículo de interpretación histórica.

Desde la perspectiva de la historiografía narrativa, Hayden White (2003) argumenta que la historia, al igual que la literatura, está estructurada a través de relatos que dan sentido a los hechos. En este sentido, este proyecto se inscribe en la línea de la historia contada desde la ficción, donde la literatura permite llenar los vacíos documentales y reconstruir el pasado a partir de la imaginación informada.

Por otro lado, la teoría de la memoria colectiva de Maurice Halbwachs (1992) respalda la idea de que las comunidades preservan su identidad a través del recuerdo compartido, transmitido de generación en generación. Analco, al ser un barrio con más de cuatro siglos de historia, es un espacio donde la memoria colectiva ha jugado un papel fundamental en la construcción de su identidad. Sin embargo, la pérdida de espacios históricos y la transformación urbana han erosionado esta memoria, por lo que este proyecto busca contribuir a su preservación a través del testimonio literario.

En el plano literario, la obra se inspira en el concepto de las crónicas como espacio de ficción y realidad, desarrollado por autores como Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, quienes utilizaron la crónica como una forma de capturar el pulso de una ciudad y de su gente. También se toma como referencia la estructura de *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, que, aunque se sitúa en Marte, logra construir un universo narrativo fragmentado en el tiempo, mostrando cómo una civilización se erige, cambia y finalmente se transforma.

Finalmente, desde una perspectiva filosófica, este trabajo se relaciona con la visión de Milan Kundera sobre la historia como un cúmulo de momentos olvidados. En *El arte de la novela* (1986) Kundera sugiere que la literatura tiene la capacidad de rescatar lo que la historia oficial ignora. Así, este proyecto no pretende ser una crónica documental, sino una reinterpretación literaria de los ecos del pasado de Analco, resignificándolos a través de la ficción.

La metodología de este proyecto se basa en una combinación de investigación histórica, exploración etnográfica y creación literaria. A continuación, se describen los pasos seguidos para la construcción de las crónicas.

1. Investigación documental

- a. Se realizó una revisión bibliográfica de textos históricos sobre Analco, incluyendo fuentes como crónicas coloniales, documentos oficiales y estudios académicos sobre la evolución del barrio.
- b. Se consultaron archivos y registros en fuentes digitales y bibliotecas para obtener un marco contextual sobre los cambios urbanísticos, sociales y culturales que ha atravesado el barrio.

2. Trabajo de campo y observación etnográfica

- a. Se llevó a cabo un recorrido por el barrio de Analco para observar directamente su geografía, arquitectura y dinámicas sociales actuales.
- b. Se realizaron conversaciones informales con habitantes del barrio para conocer sus historias, mitos y percepciones sobre el pasado y el presente de Analco.

3. Recopilación de testimonios

- a. Se buscó el rescate de la memoria oral a través de entrevistas con residentes del barrio, quienes compartieron anécdotas familiares y recuerdos sobre Analco.
- b. Se analizaron relatos transmitidos por generaciones para identificar patrones narrativos y elementos simbólicos recurrentes.

4. Proceso de escritura y estructuración narrativa

- a. Inspirado en la estructura de *Crónicas marcianas*, se decidió construir la historia de Analco en distintos momentos temporales, permitiendo que los relatos dialoguen entre sí y muestren el impacto del tiempo en el barrio.
- b. Se optó por un estilo de crónica literaria que mezcla elementos de realidad y ficción, dando voz a personajes históricos, imaginarios y contemporáneos para reflejar la evolución de Analco de manera más vivencial.
- c. La estructura de los textos sigue un enfoque no lineal, permitiendo saltos en el tiempo que conectan la fundación del barrio con su situación actual.

5. Corrección y revisión

- a. Se llevó a cabo un proceso de revisión y reescritura para mantener un equilibrio entre el rigor histórico y la fluidez narrativa.
- b. Se buscó conservar la autenticidad del lenguaje y la oralidad de los testimonios, asegurando que el resultado final refleje la esencia del barrio.

Este trabajo parte de una intención doble: recuperar la memoria de un barrio y, al mismo tiempo, narrar su historia desde la experiencia humana que lo ha habitado. Por ello, la metodología elegida no responde exclusivamente a los lineamientos de la historiografía tradicional, sino que se nutre también de la crónica literaria, la observación participante, el testimonio oral y el archivo documental. La historia de Analco no puede contarse solo con fechas ni con tratados; exige ser escuchada en la voz de quienes la han vivido, en los silencios que deja el deterioro, en los muros desgastados, en la rutina de quienes caminan cada día por sus calles.

Se utilizó un enfoque cualitativo, centrado en la recolección de información histórica y testimonial. Por un lado, se consultaron fuentes secundarias: libros de

historia local, archivos del Ayuntamiento de Guadalajara, artículos académicos y crónicas periodísticas sobre hechos clave como las explosiones de 1992 o la gentrificación incipiente. Por otro, se recurrió a entrevistas informales con habitantes del barrio —personas mayores que conservan relatos heredados de sus padres o abuelos, trabajadores, comerciantes, estudiantes, vecinos comunes—, así como visitas de campo para observar el estado actual del lugar.

El instrumento central de este trabajo es la crónica, entendida no solo como un recurso estilístico, sino como una forma de resistir al olvido. La crónica permite habitar el tiempo y el espacio con la mirada de alguien que estuvo allí, que lo sintió, que lo pensó. A través de la crónica se pretende reconstruir un mosaico de momentos, desde la época prehispánica hasta la actualidad, y con ello ofrecer una lectura más íntima, más sensible, del devenir de Analco.

Cada texto que compone este trabajo se apoya en el dato histórico, pero no se limita a repetirlo: lo interpreta, lo imagina, lo confronta con la realidad que hoy se respira en el barrio. La investigación no parte del todo hacia las partes, sino que se fragmenta con la intención de que cada pedazo de historia —cada crónica— tenga vida propia. Esta decisión responde a una convicción: que los lugares no solo se explican, también se narran. Que hay verdad en la historia, pero también hay verdad en las palabras que la hacen vibrar.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

El presente trabajo se desarrolló como un proyecto de investigación creativa y documental centrado en el barrio de Analco, una de las zonas más antiguas y representativas de Guadalajara. Desde sus raíces prehispánicas hasta su realidad contemporánea, Analco ha sido testigo de procesos históricos fundamentales: la migración indígena, la evangelización franciscana, el mestizaje, el abandono urbano y la persistencia de la memoria. El propósito de este proyecto fue recuperar esa historia desde una perspectiva narrativa que diera voz a los silencios del archivo y del presente.

La planeación del proyecto comenzó con una investigación preliminar sobre el contexto histórico de Analco, utilizando fuentes académicas, artículos periodísticos, crónicas urbanas y registros arqueológicos. A partir de esta base documental se definieron grandes líneas de tiempo que estructurarían el trabajo: la época prehispánica y fundacional, el periodo colonial y virreinal, la independencia y revolución, el siglo XX y la actualidad. Esta división temporal permitió organizar el proyecto en crónicas, cada una con su propio lenguaje, tono y enfoque narrativo, pero todas articuladas en torno a una misma identidad barrial.

La propuesta metodológica combinó herramientas de la narrativa periodística, la ficción documentada y la historia oral indirecta. Si bien no se realizó trabajo de campo con entrevistas grabadas o cuestionarios estructurados, el proyecto se alimentó de una constante búsqueda de voces secundarias — testimonios periodísticos, reportajes de archivo, literatura local— que ayudaran a construir personajes verosímiles y representativos. Asimismo, se incorporaron fuentes arqueológicas, antropológicas e históricas para respaldar los datos culturales, lingüísticos o simbólicos incluidos en cada crónica. Además de que el dialogo con los vecinos de la zona ayudó a crear una atmosfera realista y honesta de lo que sucede hoy en día en el barrio.

Durante el seguimiento del proyecto se optó por una estructura narrativa que permitiera mantener un equilibrio entre la documentación académica, las voces de los entrevistados y la creación literaria. Cada texto fue revisado de forma individual, no solo en términos de corrección gramatical, sino también respecto a la fidelidad contextual, la coherencia histórica y la sensibilidad ética. En las crónicas ambientadas en el pasado se buscó un lenguaje evocador, respetuoso de las cosmovisiones indígenas, evitando estereotipos o romanticismos. En las crónicas contemporáneas, en cambio, se privilegió un tono más directo y humano, con un enfoque testimonial que diera espacio a la dignidad de lo cotidiano.

A medida que el proyecto avanzaba, fue necesario ampliar la bibliografía para profundizar en aspectos poco tratados en fuentes generales, como el papel de las mujeres en la economía colonial, la simbología religiosa del sincretismo o la vida barrial posterior a las explosiones del 22 de abril de 1992. También se incorporaron

referencias específicas al río San Juan de Dios, la red de oficios artesanales y las migraciones internas del barrio en las décadas de los setenta y ochenta. Este seguimiento constante permitió que cada crónica no fuera una pieza aislada, sino parte de un entramado mayor que revaloriza la memoria territorial.

Por último, cabe destacar que el proceso de planeación y seguimiento no se limitó a la dimensión académica, sino que implicó también una profunda reflexión personal sobre el modo de narrar desde la empatía, la justicia histórica y el compromiso ético. En todo momento se buscó que el trabajo, aunque creativo, estuviera fundado en hechos comprobables y en una lectura crítica del presente. Esta intención dio lugar a un proyecto que trasciende lo literario para convertirse en una propuesta de relectura urbana y social. Aunque también este trabajo no está exento de la ficción. Aunque se trató de ser lo más fiel a la historia y a los sucesos del barrio y su fundación, muchos de los eventos fueron acompañados de voces ficticias y de algunos momentos que, si bien puede que sí hayan sucedido, también estuvieron acompañados de la literatura y la ficción para una mejor lectura de la historia barrial.

Crónicas

Interludio

Año 1480. Mezcala, el corazón de los cocas

El Murmullo del Río Sagrado

Huehuetztlatzin lo sabía desde que era un niño. Desde que tenía memoria sus ancestros le habían hablado de la conexión de su pueblo con el agua, y como la diosa Teo–michicihuall (El Informador, 18 de julio del 2009) velaba y se comunicaba con su pueblo a través de las vibraciones del Lago de Chapala. Así pues, cuando las aguas del río, o del lago, corrían tranquilas, era señal de buenos tiempos; cuando sus aguas se volvían turbias, anunciaban guerra o desgracia. Esa mañana, el río hablaba demasiado.

Desde la gran ciudad de Mezcala, podía ver el reflejo del sol en el agua. Las aguas de Teo–michicihuall alimentaban los cultivos de maíz y frijol, permitían la pesca y servían como camino sagrado para las caravanas de comerciantes. Pero el río no solo alimentaba cuerpos; también alimentaba espíritus.

Los sacerdotes cocas decían que Teo–michicihuall era la guardiana del tiempo, que todo lo que ocurría en el mundo se reflejaba en sus aguas. Que, si se aprendía a escuchar, podría predecirse el futuro.

Huehuetztlatzin no era sacerdote, pero llevaba cuarenta años observando el río. Y esa mañana, cuando el viento trajo un murmullo extraño desde el este, supo que algo estaba a punto de cambiar.

Mezcala era la capital de los cocas (Martínez, 2008), un pueblo próspero y sabio. Allí vivían los artesanos que tallaban la obsidiana, los campesinos que dominaban la tierra y los guerreros que protegían las fronteras del valle.

Era una ciudad de piedra y adobe, de templos que se alzaban hacia el cielo y plazas donde los ancianos contaban historias. Sus habitantes adoraban al sol y a la luna, a las montañas y al río.

Los mercados estaban llenos de plumas de quetzal, cerámica finamente decorada y granos de cacao traídos desde las tierras cálidas. Pero la riqueza de Mezcala también traía enemigos.

Los purépechas, al oeste, deseaban sus tierras. Los caxcanes, al norte, los veían como una amenaza. Y los tecuexes, aunque aliados en ocasiones, competían por los territorios de caza. (González, 2012).

Huehuetztlatzin había pasado su vida negociando la paz y preparándose para la guerra. Pero nada lo había preparado para la verdadera amenaza.

Los ancianos habían hablado en el consejo. Los dioses estaban inquietos.

Un fuego se había visto en el cielo la noche anterior. Un águila había muerto en el templo sin razón aparente. Y el río había cambiado su canto.

—Debemos escuchar a los dioses —dijeron los sacerdotes—. Debemos enviar un sacrificio al agua.

Pero Huehuetztlatzin no creyó en sacrificios.

—El río no nos pide sangre —respondió—. Nos pide acción.

Los sacerdotes lo miraron con desconfianza.

—¿Qué sugieres, Huehuetztlatzin?

El cacique inspiró hondo. Había tenido un sueño la noche anterior.

Había visto un río diferente, un río más al norte, más lejos que las tierras de los cocas, pero con el mismo espíritu sagrado. Y en ese río, había visto a sus hijos.

—Temilotzin y Xóchitl deben partir —dijo con firmeza—. Ellos deben ir al otro río.

Los ancianos murmuraron entre sí. Era una decisión extraña, pero Huehuetztlatzin era un líder sabio. Al final, aceptaron.

El viaje al otro río

Temilotzin y Xóchitl no querían irse.

—¿Por qué debemos marcharnos, padre? —preguntó Xóchitl, con los ojos llenos de duda.

—Porque el río me lo pidió —respondió Huehuetztlatzin.

Temilotzin frunció el ceño. Él no entendía de señales ni de dioses. Pero su padre era un hombre al que no se le cuestionaban los presentimientos.

El viaje fue largo. Cruzaron montañas, valles y senderos ocultos, siempre siguiendo el curso del agua.

Días después, llegaron a un río diferente. No era Teo–michicihuall, pero se sentía como ella. Sus aguas eran más delgadas, más veloces. Corría entre barrancas y tierras fértiles. Era un río joven, pero poderoso.

—Este será su nuevo hogar —dijo Huehuetztlatzin.

Xóchitl sintió un escalofrío. No entendía por qué, pero supo que su padre tenía razón.

El presagio final

Huehuetztlatzin regresó a Mezcala. Días después, llegaron los mensajeros.

—Hombres blancos han cruzado el gran lago —anunciaron los guerreros tecuexe—. No son como los purépechas. No son como nosotros.

Huehuetztlatzin miró el río Teo–michicihuall por última vez. Y supo que sus hijos nunca volverían. Que la historia del pueblo coca estaba llegando a su fin. Y que la diosa nunca volvería a cantar del mismo modo.

1492. La última danza de los cocas

El río San Juan de Dios siempre había estado ahí. No como lo vemos ahora, domesticado y enterrado bajo el peso de la modernidad, sino como un ente vivo, de aguas cantarinas que serpenteaban entre árboles de amate y ahuehuetes. Para los hombres y mujeres del pueblo coca, aquel río era el ombligo de su mundo, la arteria de su existencia. Bebían de él, pescaban en sus aguas, lavaban sus rostros en sus orillas y, cuando la muerte llegaba, sus cenizas eran esparcidas en su corriente, para que el ciclo jamás se rompiera (Goyas, 2017).

Era el año 1492, aunque, claro, nadie lo llamaba así. Para los cocas, era simplemente el tiempo de la luna roja, cuando los ancianos contaban historias de tiempos remotos y los niños escuchaban con la seriedad de quien comprende que el pasado es un sendero que conduce siempre al presente.

Esa noche, Tlacotzin, el chamán del pueblo se arrodilló junto al río, hundiendo las manos en la tierra húmeda. Sintió la vibración del agua bajo sus dedos, como si el corazón de los dioses le hablara en un murmullo secreto. Sabía que algo estaba por cambiar. Algo viejo iba a morir y algo nuevo, aterradoramente desconocido, iba a nacer.

Desde hacía semanas, los tecuexes hablaban de presagios funestos. Decían que habían visto hombres blancos con piel de luna más allá de los cerros, en los caminos que llevaban al lago de Chapala. Decían que venían montados en bestias monstruosas y que su aliento olía a fuego y metal. Los cocas, escépticos, se reían de tales cuentos. ¿Hombres de piel de luna? Tonterías. Pero esa noche, en donde años después sería el barrio de Analco, bajo el cielo cargado de estrellas, el miedo flotaba en el aire como una neblina espesa.

Temilotzin, un joven guerrero coca, subió a la parte más alta de la gran ceiba que custodiaba el río. Desde ahí, podía ver las llamas de las fogatas tecuexes brillando en la distancia. ¿Habría verdad en las historias? ¿O solo eran temores de ancianos que habían olvidado la fuerza de su gente?

Cuando bajó, su hermana Xóchitl lo esperaba junto a la orilla. Ella no era una guerrera, pero en su pecho ardía el mismo fuego de resistencia que en el de los hombres. “Dicen que esos hombres blancos son dioses”, murmuró, mirando su reflejo en el agua.

Temilotzin bufó. “Si fueran dioses, el río les hablaría. Si fueran dioses, las águilas no les temerían”.

Los días pasaron. El sol siguió saliendo y ocultándose, como si el universo no estuviera a punto de quebrarse. Pero el río lo sabía. Lo sentía en la manera en que sus aguas parecían más densas, más turbias. Lo sentía en los peces que nadaban inquietos, en las garzas que evitaban sus orillas.

La noche en que llegaron, no hubo gritos ni alboroto. Los españoles entraron como sombras al territorio coca. Primero, los exploradores, que se movían sigilosos como jaguares. Luego, los soldados, con sus corazas que resplandecían bajo la luna. Hernán Flores de Sandoval, uno de los capitanes de Nuño de Guzmán, observó el poblado desde lo alto de una loma y sintió un cosquilleo en el pecho. No era miedo, sino algo peor: la certeza de que aquello ya estaba decidido.

Los guerreros cocas los vieron primero. Salieron de sus chozas con lanzas de obsidiana y escudos de madera decorados con plumas de guacamaya. Temilotzin corrió al río y hundió sus manos en el agua, como hacía el chamán Tlacotzin, buscando respuestas.

El río no le habló.

El primer disparo rompió la quietud de la noche. Fue como el grito de un dios desconocido, un trueno seco que hizo temblar la tierra. Temilotzin vio a su tío caer, la sangre tiñendo de rojo la arena junto al río. Xóchitl gritó su nombre, pero él no escuchó. Solo corrió. Corrió hasta el centro del poblado, donde los ancianos encendían las fogatas de guerra.

Las flechas volaron. Las lanzas encontraron sus blancos. Pero la pólvora, el acero y los caballos trajeron consigo un horror jamás visto.

El amanecer encontró el pueblo coca ardiendo. Las casas de palma y adobe se consumían en el fuego. Los cuerpos flotaban en el río San Juan de Dios, arrastrados por la corriente, como si el agua se los tragara para ocultar la vergüenza de su derrota.

Temilotzin, herido y cubierto de ceniza, se arrastró hasta la gran ceiba. Miró el cielo, el humo enredándose con las nubes. “Si fueran dioses, nos habrían salvado”, susurró.

Xóchitl no contestó.

Los españoles tomaron el territorio y lo renombraron. Posteriormente lo llamarían *Analco*, “al otro lado del río”. Pero esa no es historia para esta ocasión. Pronto, el sonido de las lenguas indígenas se mezcló con el español. Se construyeron iglesias donde antes se rendía culto a los dioses antiguos. Y el río, aquel río que había sido testigo de danzas, nacimientos y sacrificios, se convirtió en una frontera invisible entre dos mundos: el de los conquistadores y el de los que habían sido conquistados. Pero el río nunca olvidó.

Siglos después, sus aguas seguirían fluyendo, ocultando secretos en su corriente. Bajo las calles de la ciudad moderna, bajo el cemento y los autos y los rascacielos, seguiría allí, susurrando en las noches de lluvia, recordando los nombres de aquellos que lo llamaban sagrado. Porque, aunque los hombres cambien, aunque el tiempo avance, el río nunca olvida. Y, en el fondo de sus aguas, aún se escucha el eco de la última danza de los cocas.

Las voces de Analco

Tierra antigua

Antes de que tuviera nombre, ya existía. Antes del puente, antes de las campanas, antes de que se dividieran los barrios con ríos y con títulos, Analco era simplemente tierra. No tierra baldía, sino tierra sagrada, húmeda, viva.

Los pueblos originarios la conocían. La caminaban descalzos. La soñaban con los ojos abiertos, como si los cerros que la rodeaban fueran guardianes de sus historias, y el agua que corría por el río San Juan de Dios —entonces limpio, salvaje— fuera el hilo que unía sus vidas con los dioses. No había templos de cantera ni cruces clavadas en el suelo, pero sí ofrendas. Sí fuego. Sí palabra.

Analco, que en náhuatl quiere decir “al otro lado del agua”, no era un barrio todavía. Era más bien un umbral. Una frontera natural entre dos formas de vivir. De un lado, las tierras donde más tarde se fundaría Guadalajara. Del otro, un territorio que aún no había sido conquistado, ni dividido, ni rotulado. Un espacio donde los pueblos otomíes y cocas encontraban casa, donde sembraban maíz, calabaza y chile, donde tejían el mundo con paciencia.

Dicen que el cielo era más claro entonces. Que el viento bajaba con fuerza desde el cerro del Cuatro, que los días eran largos y las noches estaban llenas de historias. Historias que no están en los libros, pero que aún flotan en el aire cuando uno se detiene a escuchar, cuando uno camina por la calle Analco con el corazón abierto. Porque Analco no nació con la colonia ni con la modernidad. Analco ya era, mucho antes de que alguien decidiera llamarlo así.

Cuando llegaron los frailes, no lo vieron. Vieron el río, vieron la tierra fértil, vieron el margen útil. Pero no vieron la memoria que ya vivía allí. Era 1542 cuando se fundó la ciudad por cuarta vez (Las cuatro Guadalajaras, 2019), y los españoles —en su intento por establecer orden— trazaron límites invisibles que hasta hoy perduran. Decidieron que de un lado estarían los españoles. Del otro, los indígenas. Así, el “al otro lado del agua” se volvió no solo una referencia geográfica, sino una condena social (Orozco, 2020).

Analco fue entonces el lugar de los otros. De los que estaban fuera del centro, fuera del poder, fuera de la historia oficial. Pero también fue cuna. Porque en ese margen impuesto, nació un nuevo modo de resistir. De mezclar la fe con los dioses antiguos. De hablar en español sin dejar de pensar en náhuatl. De vivir al borde, pero con dignidad.

Las primeras casas fueron de adobe y palma (González, 2012). El aire olía a leña. El trabajo era manual, artesanal, constante. Fueron los indígenas de Analco

quienes construyeron el puente que unía el barrio con el centro. Ese puente, que aún existe, aunque lo hayan restaurado mil veces, es símbolo de lo que fue y sigue siendo este lugar: una conexión. Un intento por cruzar.

Pero antes del puente, antes de la conquista, ya había camino. Un sendero de polvo y agua donde los pies descalzos marcaban rutas invisibles. Una tierra antigua, que aún hoy, si se camina despacio, si se mira con atención, revela sus cicatrices. Y también sus secretos.

En el corazón de este territorio, donde el río San Juan de Dios serpenteaba libremente, los pueblos originarios tejían sus días con hilos de maíz y barro. Los cocas y tecuexes, habitantes primigenios de estas tierras, no solo cultivaban la tierra, sino también las tradiciones que daban sentido a su existencia. Sus chozas de adobe se erguían humildes, pero firmes, reflejando una arquitectura nacida de la necesidad y la sabiduría ancestral.

Las noches en Analco eran lienzos oscuros salpicados de estrellas, donde las historias se contaban al calor de fogatas chispeantes. Relatos de dioses antiguos, de hazañas y enseñanzas, se entrelazaban con el crujir de la leña y el susurro del viento que descendía desde el Cerro del Cuatro. Este cerro, imponente y silencioso, era más que un accidente geográfico; era un guardián, un testigo de los ciclos de vida y muerte que danzaban en el valle.

Con la llegada de los españoles y la fundación de Guadalajara en 1542, el paisaje de Analco comenzó a transformarse. Los frailes franciscanos, con su celo evangelizador, establecieron misiones y templos, buscando moldear las almas indígenas a la fe cristiana. Sin embargo, las raíces de los habitantes de Analco eran profundas, y aunque adoptaron nuevas creencias, nunca dejaron de lado las antiguas. Esta fusión dio origen a un sincretismo único, donde lo sagrado y lo profano convivían en armonía.

El puente de piedra que unía Analco con el resto de la ciudad se erigió como símbolo de esta dualidad. Construido con el esfuerzo de manos indígenas, no solo facilitaba el tránsito físico, sino también el intercambio cultural y espiritual. Cada piedra colocada hablaba de resistencia y adaptación, de un pueblo que, aunque

marginado al “otro lado del río”, encontraba maneras de integrarse sin perder su esencia.

Hoy, al recorrer las calles de Analco, es posible sentir las capas de historia superpuestas. Las fachadas desgastadas, los templos centenarios y las plazas silenciosas son ecos de un pasado que se niega a desaparecer. Analco no es solo un barrio; es un palimpsesto donde cada generación ha dejado su huella, una tierra antigua que sigue contando su historia a quien quiera escucharla.

La conquista – El fuego sobre el valle

El silencio no siempre es ausencia. A veces es espera. Eso fue lo que se sintió en los días previos a la conquista. Un silencio espeso, como si la tierra contuviera el aliento. Los viejos del valle decían que los dioses habían dejado de responder, que algo venía del oriente, algo que olería a hierro y a miedo.

En los altos del cerro de lo que hoy conocemos como “del Cuatro”, un joven coca —Tepozil— observaba el humo de una fogata. Era uno de los hijos de los antiguos, nieto del primer sembrador que levantó su choza junto al río. Había escuchado historias sobre hombres blancos con bestias de cuatro patas, sobre truenos que salían de tubos de metal, sobre sangre y enfermedad. Pero no las creía del todo. Hasta que una mañana vio cruzar a lo lejos a un grupo de ellos. Con armaduras, cruces, estandartes. Con el rostro cubierto y los ojos clavados como lanzas en el horizonte.

El valle tembló.

La llegada no fue inmediata. Fue un goteo lento. Primero, los rumores. Luego, los soldados. Después, los frailes. Lo que antes era tierra de los pueblos, se convirtió en campo de batalla. Y no solo de armas, también de símbolos, de nombres, de ideas.

Tepozil vio arder su primer templo cuando aún era niño. Su madre lo apretaba contra el pecho mientras huían por la vereda que daba al barranco. Detrás de ellos, el fuego devoraba el altar donde antes se ofrendaban flores, maíz y copal. La conquista no llegó con una espada, sino con el peso de una cosmovisión que no

dejaba espacio a la suya. Lo que no entendían, lo quemaban. Lo que no podían convertir, lo destruían.

Pero incluso en medio del horror, la tierra siguió respirando. Muchos resistieron. Algunos huyeron al norte. Otros, como Tepozil y su familia, se quedaron. Aprendieron a negociar, a sobrevivir, a fingir. El padre de Tepozil, que antes cantaba alabanzas a los dioses del agua, fue obligado a trabajar en la construcción de una capilla. Su madre tejía huipiles para los misioneros, ocultando entre los bordados los símbolos antiguos. Una espiral, un jaguar, una mazorca.

Años después, Tepozil fue bautizado con el nombre de Francisco. Pero en su casa seguían llamándolo por su nombre verdadero. Sabía que había nacido en un mundo que ya no existía, pero también intuía que algo suyo quedaría. Que incluso bajo el polvo y el miedo, la memoria no muere del todo.

Un día, en medio del trabajo forzado, escuchó a un fraile hablar de un nuevo barrio que construirían del otro lado del río. Un lugar para los indígenas. Allí podrían vivir, trabajar, rendir culto bajo las reglas del nuevo dios. Tepozil no dijo nada. Solo bajó la cabeza y siguió labrando la piedra.

El fuego había pasado, pero el humo seguía en el aire. La conquista no fue un día ni una fecha. Fue una serie de grietas que partieron el valle, una herida que aún hoy supura. Pero también fue el inicio de otra historia. Una historia donde los nombres se mezclan, donde las palabras se traducen, donde el niño que una vez huyó de las llamas ahora se convierte en piedra viva del barrio que está por nacer.

El primer bautismo fue público. Una fila larga de cuerpos morenos esperaba su turno bajo el sol. Hombres, mujeres, niños. A todos les cambiaban el nombre, la lengua, el lugar. Les daban una vela, un santo, una cruz. A Francisco, antes Tepozil, le ardió el agua en la frente. No lloró. Aprendió pronto que resistir en silencio era una forma de cuidar lo que le quedaba.

Años más tarde, el fraile que lo bautizó lo llamó para ayudar en la construcción de un nuevo templo. Ya no era un niño. Su espalda era fuerte. Sus manos, hábiles con la piedra. El templo se levantaría cerca del río, frente a la ciudad recién trazada. Era el principio de algo, aunque nadie supiera bien qué.

—Aquí vivirán los tuyos —le dijo el fraile—. Aquí, del otro lado del agua.

Y así se plantó la semilla de lo que sería Analco. No nació de la paz. Nació del desplazamiento. De la necesidad de separar lo español de lo indígena. De trazar límites, muros invisibles. Pero también nació de la permanencia. Porque a pesar de todo, los pueblos originarios no se fueron. Se quedaron. Construyeron. Aportaron. Francisco se casó con una mujer de su pueblo. Tuvieron un hijo. Lo llamaron Xilotzin, como el tierno del maíz. El fraile insistió en ponerle Pedro. Francisco no discutió. Sabía que las batallas más importantes ya no se libraban con armas, sino con la memoria. Con lo que uno guarda, con lo que uno siembra.

En las noches, le contaba a su hijo historias que ya no se decían en voz alta. Le hablaba de los dioses antiguos, del fuego sagrado, del jaguar que protegía la montaña. Xilotzin lo escuchaba con los ojos abiertos, como si mirara más allá del tiempo. En su mirada vivía algo que Francisco creía perdido: el deseo de entenderlo todo, de recordarlo todo. Cuando el niño preguntó por qué vivían “del otro lado”, su padre no supo cómo responderle. Solo le dijo:

—Porque desde aquí también se ve el sol.

Hoy nadie recuerda a Francisco Tepozil. Pero sus manos están en las piedras del templo. Su historia, en los cimientos de un barrio que aún respira. Su linaje sigue, aunque el nombre haya cambiado. Y en la siguiente crónica, cuando ese niño — Xilotzin, Pedro, o como quieran llamarlo— mire al fraile que cruza el puente y se acerque con curiosidad, será el comienzo de una nueva fundación. Ya no con espadas, sino con herramientas. Ya no con fuego, sino con dudas. Porque después del fuego, siempre viene la ceniza. Y de la ceniza, a veces, nace algo nuevo.

La fundación de Analco – El niño y el fraile

A Pedro le llamaban así en el templo, pero en su casa era Xilotzin. Tenía siete años cuando vio por primera vez el rostro del fraile Martín. Lo recordaba bien: su túnica áspera, su barba descuidada, la forma en que se inclinaba para hablar con los niños sin quitarles la mirada. Ese día, el fraile cruzó el puente recién terminado y lo encontró jugando con otros niños junto al río. Pedro se acercó sin miedo. Había

escuchado muchas cosas sobre él, pero no todas eran malas. Algunos decían que no azotaba. Otros, que compartía pan.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el fraile.

—Xilotzin —respondió el niño, y luego, casi susurrando, agregó—: Pero en el templo me dicen Pedro.

Martín sonrió. No hizo preguntas. Solo se sentó junto a él, miró el agua correr y dijo:

—¿Sabes por qué construimos un puente?

Pedro negó con la cabeza.

—Porque los hombres necesitamos unir lo que el río separa.

La fundación de Analco no ocurrió de golpe, como se cuenta en los documentos oficiales. No fue una fecha exacta ni un decreto firmado. Fue una sucesión de actos pequeños, persistentes. Las primeras casas de adobe, las primeras calles polvorientas, las familias indígenas desplazadas de otros barrios, reubicadas “al otro lado del agua”, como si eso fuera suficiente para empezar de nuevo.

Pedro escuchaba a su abuelo Francisco contar cómo habían llegado hasta ahí. Cómo las tierras al otro lado eran ricas, pero no para ellos. Cómo el centro de la ciudad se reservaba para los españoles, y cómo a los suyos se les asignó este margen. Su abuelo lo decía con una mezcla de amargura y orgullo.

—Nos mandaron al otro lado —decía—, pero aquí plantamos el alma.

Las manos de los hombres moldeaban el adobe. Las mujeres cocinaban maíz y tejían. Los niños correteaban entre los cimientos de una aldea que aún no tenía nombre oficial, pero que ya respiraba vida. La iglesia de San Sebastián comenzaba a levantarse en el corazón del nuevo barrio, rodeada de polvo y esperanza (Iturbide, 2021). Era pequeña, pero bastaba para reunir a todos los que venían de lejos. Allí, el fraile Martín predicaba un evangelio que intentaba ser justo, aunque no siempre lo era.

Pedro, con su curiosidad encendida, pasaba horas cerca de la obra. Le gustaba observar cómo los hombres erguían paredes, cómo la piedra encontraba

su lugar. No tardó en ofrecerse como aprendiz. Martín lo aceptó. Vio en él algo que no era frecuente: un deseo de entender el mundo, no solo de sobrevivirlo.

A veces, el fraile le hablaba en voz baja, como si no quisiera que lo escucharan otros.

—Este lugar no debería existir así —le confesó una tarde—. Los separan por ser distintos, por tener otra lengua, otro color. Pero tú, tú puedes cruzar el puente en ambos sentidos.

Pedro no entendía del todo, pero guardaba esas palabras. Como se guardan los cuentos importantes, los que se repiten hasta que se vuelven verdad.

Cuando la iglesia fue consagrada, Pedro tenía ya diez años. En la ceremonia, todos vestían sus mejores ropas. Se bendijo la tierra, se alzó una cruz de madera, se cantó en latín. Y mientras el incienso subía, Pedro se quedó observando al fraile Martín desde la entrada del templo. Supo entonces que algo estaba cambiando. Que ese lugar, aún sin nombre para muchos, ya era su hogar. Que la historia de su abuelo vivía en esas piedras, y que la suya apenas estaba comenzando.

Los años pasaban sin pedir permiso. Analco crecía como crece una planta silvestre: entre la piedra, bajo el sol duro, con raíces más profundas de lo que cualquiera podía imaginar. Las casas ya no eran solo chozas; algunas tenían tejas, otras balcones sencillos. El sonido del martillo era tan común como el canto del gallo, y por las calles de tierra comenzaban a circular comerciantes, artesanos, herreros, carpinteros. Oficios heredados, manos indígenas que le daban forma al mundo nuevo con herramientas impuestas y saberes antiguos.

Pedro, ahora con doce años, ya sabía trabajar la piedra. Aprendió a leer palabras y signos. El fraile Martín le había enseñado los nombres de las estrellas y el peso de las palabras. También le enseñó algo que no estaba en ningún libro: a mirar el mundo sin dejar que se le cerraran los ojos. A veces, Pedro escribía en hojas sueltas lo que recordaba de su abuelo: los mitos del jaguar, los cantos de maíz, el olor del copal. Lo hacía con temor, como quien esconde una semilla en la tierra y no sabe si crecerá.

Analco se volvió parte del tejido urbano de Guadalajara, aunque siempre como un margen. Tenía su templo, su plaza, su puente, pero seguía siendo “el otro

lado”. Y sin embargo, allí se vivía con intensidad. Había fiestas patronales, mercados donde se hablaba en náhuatl y en español, callejones donde la vida se compartía sin prisa. Las mujeres llevaban flores al templo, los niños jugaban junto al río, los ancianos contaban historias que parecían de otro mundo.

Una tarde, Pedro llegó al templo y no encontró al fraile. Preguntó por él, pero nadie supo decirle nada concreto. Algunos decían que había partido hacia otro pueblo a predicar. Otros, que había enfermado. Lo cierto es que no volvió.

En su lugar, llegó otro clérigo. Más severo, más rígido. Hablaba de reglas y obediencia, no de puentes ni de estrellas. Pedro siguió yendo al templo, pero ya no era lo mismo. A veces, por las noches, se sentaba junto al río con sus escritos, los que aún guardaba con cuidado. Leía en voz baja los fragmentos que recordaba, y así, en silencio, mantenía viva la herencia de su abuelo, el temple del fraile, y la semilla de algo que apenas comenzaba a brotar.

El día que cumplió trece años, Pedro cruzó el puente. Fue la primera vez que lo hizo solo, sin mirar atrás. Sabía que el mundo del otro lado era distinto, más ordenado, más frío. Pero también entendía que él podía caminar en ambos. Que en sus manos llevaba el barro de su tierra y el pulso de su gente. Que, de algún modo, él era también un puente.

Y mientras el barrio se acomodaba bajo el peso del nuevo orden virreinal, él, Pedro-Xilotzin, se volvió aprendiz de algo más grande: la memoria. Una que, aun sin escribirse, vivía en las piedras, en las palabras y en el río que seguía fluyendo. Siempre hacia adelante.

Analco en el Virreinato – Entre oficios y tradiciones

El amanecer en Analco traía consigo el murmullo del río San Juan de Dios y el eco de los martillos golpeando el metal en las fraguas. Las calles empedradas se llenaban de vida mientras artesanos y comerciantes iniciaban sus jornadas. El barrio, cuyo nombre en náhuatl significa “al otro lado del río”, se había consolidado como un enclave vital para la joven Guadalajara. Las familias indígenas que lo habitaban, descendientes de aquellos que fundaron el asentamiento bajo la guía de

frailes franciscanos, mantenían vivas sus tradiciones mientras se adaptaban a las nuevas realidades impuestas por el régimen colonial.

Pedro, conocido en su infancia como Xilotzin, había crecido en este entorno de mestizaje cultural. Tras la partida del fraile Martín, su mentor y guía espiritual, Pedro encontró en la comunidad el apoyo necesario para continuar su aprendizaje. Se convirtió en aprendiz de herrero, trabajando en la forja de herramientas y utensilios esenciales para la vida cotidiana del barrio. Su habilidad y dedicación le ganaron el respeto de sus vecinos, y su taller se convirtió en un punto de encuentro para jóvenes que buscaban aprender el oficio.

Las mujeres de Analco desempeñaban un papel fundamental en la economía local. Expertas tejedoras y bordadoras, confeccionaban textiles que eran altamente valorados en los mercados de Guadalajara. Sus manos ágiles daban vida a coloridos huipiles y rebozos, piezas que no solo vestían cuerpos, sino que también contaban historias y preservaban la identidad cultural de la comunidad. Estas prendas, elaboradas con técnicas ancestrales, se convirtieron en símbolos de resistencia y orgullo para los habitantes del barrio (López, 2020).

El templo de San Sebastián de Analco, con su sencilla pero imponente arquitectura, se erigía como el corazón espiritual del barrio. Construido por los propios habitantes bajo la dirección de los franciscanos, el templo no solo servía como lugar de culto, sino también como centro comunitario donde se celebraban festividades, se impartían enseñanzas y se tomaban decisiones importantes para la vida del barrio. La campana del templo marcaba el ritmo de la vida diaria, llamando a los fieles a misa, anunciando celebraciones y, en ocasiones, alertando sobre peligros inminentes.

A medida que Analco crecía, también lo hacían las tensiones y contradicciones propias de una sociedad en proceso de mestizaje. Por un lado, la comunidad indígena luchaba por preservar sus tradiciones y autonomía; por otro, las autoridades coloniales imponían estructuras administrativas y sociales que buscaban integrar y, en muchos casos, subyugar a la población originaria. Esta dualidad se reflejaba en la vida cotidiana del barrio, donde las festividades religiosas combinaban elementos cristianos con rituales prehispánicos, y donde las lenguas

indígenas se entremezclaban con el español en las conversaciones diarias (Castillo, 1998).

Pedro, consciente de estas dinámicas, se convirtió en un puente entre dos mundos. Su dominio del español y su conocimiento de las tradiciones indígenas le permitieron mediar en conflictos, facilitar intercambios comerciales y culturales, y abogar por los derechos de su comunidad ante las autoridades coloniales. Su taller de herrería no solo producía herramientas, sino que también funcionaba como un espacio de diálogo y resistencia, donde se discutían estrategias para enfrentar los desafíos que imponía el nuevo orden colonial.

Las calles de Analco, nombradas en honor a los oficios que en ellas se practicaban, como la Calle de los Herreros y la Calle de las Tejedoras, eran testimonio de la diversidad y riqueza cultural del barrio. Cada rincón contaba una historia, cada piedra del empedrado guardaba las huellas de generaciones que habían construido, con esfuerzo y dedicación, un espacio propio en medio de las transformaciones que traía consigo el virreinato.

Sin embargo, la vida en Analco no estaba exenta de dificultades. Las epidemias, las sequías y las políticas coloniales que favorecían a los españoles peninsulares por encima de los criollos y mestizos, representaban constantes amenazas para la estabilidad del barrio. A pesar de ello, la comunidad demostraba una y otra vez su capacidad de resiliencia, adaptándose a las circunstancias y encontrando formas creativas de sobrevivir y prosperar.

En este contexto, las festividades religiosas adquirirían una importancia especial. Celebraciones como la fiesta de San Sebastián no sólo reafirmaban la fe de los habitantes, sino que también fortalecían los lazos comunitarios y ofrecían momentos de esparcimiento y alegría en medio de las adversidades. Durante estas festividades, las calles se llenaban de música, danzas y coloridos altares, reflejando la fusión de tradiciones indígenas y españolas que caracterizaba la vida en Analco.

Pedro, convertido ya en un líder respetado dentro de la comunidad, comprendía la importancia de estas celebraciones para la cohesión social del barrio. Participaba activamente en la organización de las festividades, asegurándose de que las tradiciones se mantuvieran vivas y de que las nuevas generaciones

comprendieran su significado y valor. Su compromiso con la comunidad lo llevó también a involucrarse en la formación de jóvenes aprendices, transmitiéndoles no solo habilidades técnicas, sino también valores de solidaridad, respeto y orgullo por su herencia cultural.

Así, en medio de las complejidades y contradicciones del virreinato, Analco se consolidaba como un espacio de resistencia y creatividad, donde las tradiciones dictaminaban gran parte de la comunidad.

Pedro envejecía despacio, como el adobe cuando toma el sol. Sus manos, marcadas por años de fuego y hierro, ya no forjaban con la fuerza de antes, pero aún sabían medir el peso exacto del martillo, el ángulo justo del corte. Su taller se había convertido en algo más que un espacio de trabajo: era escuela, archivo oral, asamblea. Allí llegaban jóvenes de otros barrios, hijos de comerciantes, hijos de labradores, pero también niñas —como su propia hija, Itzcóatl— que lo observaban en silencio mientras moldeaba herrajes o reparaba las cerraduras de una iglesia. A Pedro no le importaba el qué dirán: si Itzcóatl quería aprender a trabajar el hierro, él se encargaría de enseñarle.

—El fuego también se hereda —le dijo una tarde, mientras sostenía un trozo de carbón incandescente con las pinzas.

Para entonces, Analco no era ya una periferia silenciada. El barrio se había consolidado como un centro artesanal de relevancia dentro del sistema urbano de Guadalajara. Los productos salidos de sus talleres abastecían a la ciudad y a pueblos cercanos. Los textiles bordados por las mujeres eran enviados al mercado de San Juan, los objetos de herrería eran solicitados por templos del centro y las maderas talladas llegaban hasta las haciendas más lejanas.

Analco era, como lo describían algunos documentos coloniales, “un barrio laborioso” (Sandoval, 2006). No sólo sobrevivía: sostenía. En los registros del cabildo se hablaba de sus tejedores, de sus alfareros, de los comerciantes que cruzaban el puente para encargarse de trabajos específicos. El “otro lado del agua” se había vuelto, sin querer, el corazón que latía para el resto.

Sin embargo, no todo era reconocimiento ni gloria. La división de castas seguía marcando la vida diaria. Aunque Analco era indispensable, seguía siendo

tratado como zona inferior. Los gremios oficiales —regulados por las autoridades virreinales— eran reservados en su mayoría para españoles y criollos. Los indígenas y mestizos trabajaban al margen, sin gozar de los beneficios ni privilegios legales.

Pedro sabía que en los documentos su taller no figuraba como parte de ningún gremio. Y, aun así, cuando algo se rompía en la ciudad, acudían a él. Era esa contradicción la que lo tenía en vela por las noches.

—Nos llaman indispensables, pero no nos nombran —decía.

Y así, el barrio entero vivía entre el reconocimiento tácito y el olvido oficial. A pesar de eso, la vida seguía. Itzcóatl crecía con los ojos puestos en el taller y el corazón atento a los relatos de su padre. Tenía quince años y ya era capaz de diseñar cerraduras complejas, de leer planos, de hablar español y entender aún el náhuatl que su abuelo —el abuelo de su padre— había pronunciado en voz baja, cuando nadie más lo hablaba.

Una tarde, mientras reparaban una reja para una casa del centro, Pedro le dijo:

—No somos los que fundaron Guadalajara. Pero sin nosotros, no se sostiene.

Y en ese momento, Itzcóatl entendió que su barrio era más que un espacio geográfico. Era una raíz que empujaba hacia arriba, aunque todo pareciera querer hundirla.

En las festividades de San Sebastián, Itzcóatl empezó a leer pasajes religiosos en voz alta. También escribía pequeños textos donde mezclaba el náhuatl con el castellano, poemas cortos que hablaban de la herrería como arte sagrado. Pedro los escuchaba en silencio. No decía nada. Sólo asentía. A veces, sonreía. El taller, poco a poco, se convirtió en otra cosa. Ya no era solo un espacio de fuego y metal. Era una especie de templo laico, donde se forjaban objetos, pero también ideas. Itzcóatl lo transformó en lugar de lectura y aprendizaje para otras niñas, para jóvenes que no encontraban su lugar en los oficios “permitidos”.

Y así, la historia de Analco seguía latiendo, en el sonido del martillo, en el calor del horno, en la voz de quienes se atrevían a recordar.

Tiempos de Independencia – Voces desde el margen

A Nicolás le habían dicho que las campanas del centro sonaban más fuertes. Más grandes. Más importantes. Pero él seguía prefiriendo las de San Sebastián. Las del barrio. No eran solemnes, eran cercanas. Sabían a pan y a piedra. A herrumbre. A voces que se levantaban temprano para barrer la calle. A historias que no venían en los libros.

Nicolás era nieto de una mujer a la que todos en Analco aún recordaban como una figura distinta.

Itzcóatl, la hija del herrero. La mujer que leía en dos lenguas. La que escribía poemas breves donde el fuego del taller se mezclaba con rezos. La que convirtió su casa en un lugar donde las niñas también aprendían a moldear el hierro. La que decía que la memoria se forjaba como el metal: a golpes, pero sin romperse. De ella, Nicolás había heredado el taller. Y el carácter. Y el silencio también.

Cuando llegaron las primeras noticias de la rebelión en el Bajío, Nicolás tenía apenas diecinueve años. Ya sabía escribir, leer y fundir. Ya conocía el sonido que hace el metal al quebrarse, y el que hace una mentira al descubrirse.

—Dicen que un cura se alzó en Dolores —le susurró un cliente al dejarle una herramienta rota.

—Dicen que vienen bajando hacia acá.

—Dicen que se acabó el miedo.

Las palabras se colaban por las ventanas del taller como el humo de la fragua: tibias al principio, densas después.

Analco parecía seguir su vida como siempre: los panaderos madrugaban, los herreros golpeaban, los niños corrían entre los andamios. Pero Nicolás, como muchos, ya notaba la tensión en el aire. El barrio no tenía armas. No tenía soldados. Pero tenía algo peor: memoria. Memoria de los suyos apartados del gremio por no ser blancos. Memoria de su madre —la hija de Itzcóatl— pagando tributos injustos, mientras el centro florecía. Y esa memoria, que parecía enterrada, empezaba a despertar.

Un día, arrestaron a Juan, un encuadernador del barrio. Lo acusaban de repartir hojas insurgentes con la Virgen de Guadalupe en el frente (William, 2007). No llevaba armas. Solo palabras. Lo sacaron de su casa al amanecer, con una bolsa en la cabeza. Su madre gritó. Su hermana suplicó. Nadie respondió. Nicolás vio todo desde su puerta. No dijo nada. Solo apretó los puños.

Las noches se volvieron densas. El taller de Nicolás empezó a llenarse de preguntas más que de trabajo. Algunos iban a afilar cuchillos, otros solo buscaban conversar sin ser oídos. Un panadero preguntó si valía la pena sumarse a la causa. Una mujer propuso esconder papel para los insurgentes. Nadie decía que eran parte de la rebelión. Pero nadie quería ser parte de la servidumbre tampoco.

—¿Y nosotros qué ganamos con esta guerra? —preguntó alguien.

—Tal vez nada —dijo Nicolás—. Pero si no decimos nada, perderemos hasta el derecho a preguntar.

La ciudad se partía. El centro se blindaba. Los rumores hablaban de saqueos, de fusilamientos, de traiciones. Pero en Analco, la vida seguía. Porque si el pan no se horneaba, no había cena. Porque si el metal no se templaba, no había cerradura. Porque, al margen de la historia oficial, ellos también eran parte del país que comenzaba a nacer a gritos.

Nicolás, nieto de Itzcóatl, bisnieto de Pedro, lo sabía bien: su barrio nunca había sido el centro. Pero sin él, el centro se desmoronaría. Cerraba el taller cada noche mirando el puente. Sabía que del otro lado empezaba la ciudad con sus palacios, sus soldados y sus banderas. Pero de este lado, en Analco, vivía algo más antiguo. Más firme. Un corazón que no se oía en los mapas, pero que no dejaba de latir. Y ese corazón, lo sabía, también merecía libertad.

Las guerras no llegan con anuncios. Llegan con hombres asustados que no saben si huyen o persiguen. Con mulas cargadas de pólvora. Con gritos a la distancia. Y una mañana llegaron a Analco. No fue un ejército, fue una cuadrilla de soldados realistas. Requisaron alimentos, buscaron armas, tomaron dos gallinas, tres costales de maíz y los zapatos que un zapatero aún no terminaba. No golpearon a nadie, pero tampoco agradecieron. Dejaron miedo en cada esquina.

Esa misma noche alguien pintó en el muro de la iglesia: “El pueblo también sabe luchar”. Nadie lo vio. Nadie lo confesó. Pero todos sabían que el taller de Nicolás quedaba cerca.

La represión creció como moho. No había batallas abiertas en Guadalajara, pero sí castigos. El que hablara de la insurgencia era callado. El que cuestionara, desaparecía. Los mercados comenzaron a vaciarse. La ciudad, tan llena de reglas, empezó a vivir de rumores. Analco se cerró sobre sí mismo. El puente fue vigilado. Se redujeron las misas. El sonido del martillo se volvió sospechoso. Los oficios que habían dado vida al barrio ahora eran solo pretexto para espiar. Nicolás dejó de aceptar trabajos del otro lado del río. En el taller, solo los cercanos. Y en voz baja. Pero, como su abuela Itzcóatl, Nicolás sabía que el fuego se hereda.

Un día, una mujer llegó con un encargo inusual: una caja de doble fondo. Decía que era para guardar herramientas delicadas. Pero Nicolás sintió que las manos de ella temblaban demasiado como para ser panadera. La construyó en silencio. Usó madera de mezquite. Sin preguntas. Cuando la entregó, la mujer le dijo:

—Gracias. Lo que hiciste pesa más que cualquier arma.

Afuera, la guerra seguía. Se hablaba de batallas en Puente de Calderón (Vázquez, 2012), de fusilamientos en San Blas (Fenochio, 2011). En el centro, los templos se llenaban de rezos. En Analco, se rezaba en casa. A veces sin palabras.

Nicolás mantenía el taller como podía. Su madre cocía pan para venderlo en el mercado. Su hermana bordaba pañuelos con la figura de la Virgen insurgente. Nadie lo decía, pero todos sabían que estaban del lado de quienes querían otro país. Un mediodía, un soldado se detuvo frente al taller. Era joven, desorientado. Tenía polvo en la cara y una herida en el brazo.

—¿Esto es Analco? —preguntó.

Nicolás asintió.

—Dicen que aquí la gente guarda secretos.

—Dicen muchas cosas —respondió Nicolás.

El soldado no dijo más. Siguió caminando. Y el barrio, como siempre, lo tragó en su silencio.

Cuando llegó la noticia de que los insurgentes habían sido derrotados en Puente de Calderón, hubo fiesta en el centro. Campanas. Misas. Desfiles. En Analco no hubo celebración. Pero tampoco tristeza. Solo una pausa. Nicolás caminó hasta el puente esa noche. Lo cruzó hasta la mitad. Miró las luces del otro lado. Luego regresó. Sabía que la lucha seguiría. Tal vez no en los campos de batalla. Pero sí en el pan que seguía horneándose. En los zapatos que se reparaban. En las palabras que aún se decían en náhuatl cuando nadie escuchaba. El barrio resistía. No con fusiles, sino con memoria. Y Nicolás, nieto de Itzcóatl, bisnieto de Pedro, lo entendía: el fuego que heredamos no siempre se ve. A veces es solo una mirada. Una caja de doble fondo. Un silencio que nadie logra apagar. Y cuando alguien preguntaba qué hizo Analco durante la guerra, Nicolás sonreía.

—Lo mismo que siempre —decía—. Sostener lo que otros quieren destruir.

La Reforma – La trinchera silenciosa

A Mateo le gustaba el olor del pan al amanecer. Era un olor que se metía en los poros, en la ropa, en los libros que guardaba bajo la mesa. Su madre, nieta de Nicolás, había aprendido el oficio entre brasas, harina y silencio. Decía que el pan debía hacerse con las manos limpias y el corazón callado, como las oraciones que ya no se podían decir en voz alta. Mateo tenía diecisiete años cuando escuchó por primera vez la palabra desamortización. No la entendió. Solo supo que algo cambiaría. Lo supo porque lo vio en los ojos del párroco de San Sebastián, que hablaba cada vez más bajo. Lo supo porque su abuelo decía que el gobierno quería quitarle la tierra a Dios (Acosta, 2019). Y lo supo, sobre todo, porque una mañana llegó un actuario del centro con un papel en la mano y una lista de bienes “en posesión del clero”. Y en esa lista, estaba Analco.

Las Leyes de Reforma no eran solo decretos: eran golpes al ritmo de lo cotidiano. Los templos dejaron de tener poder legal. Los terrenos “eclesiásticos” fueron embargados o vendidos. El barrio, tan acostumbrado a rezar en colectivo, tuvo que aprender a mirar al cielo sin cruzarse de brazos. La procesión del santo patrón fue cancelada. Las campanas dejaron de sonar cada domingo. La cruz del

atrio fue retirada por orden civil. Y el templo —el de San Sebastián, construido por sus propios abuelos— fue cerrado por meses.

Mateo solía sentarse en la banqueta, frente a la iglesia cerrada. No lloraba. No hablaba. Solo observaba. Sabía que los muros del templo no solo eran piedra. Eran historia. Eran las manos de Pedro. La voz de Itzcóatl. La caja secreta de Nicolás. Eran Analco. Y ahora, todo eso estaba en disputa. No hubo balas en el barrio. Pero sí heridas.

La Reforma era una guerra sin pólvora. Una guerra de papeles, de sellos, de ausencias. A algunos les pareció bien: decían que al fin seríamos todos iguales, que el Estado debía ser libre de dogmas. Otros, como Mateo, sentían que algo sagrado se estaba desgarrando.

—¿Y qué nos queda si ya no podemos nombrar a los nuestros? —preguntó un anciano—. Si ya no hay santos, ni velas, ni rezos.

—Nos queda el pan —respondió la madre de Mateo—. Y el pan también es sagrado.

El barrio se reorganizó. Lo que antes se decidía en el templo, ahora se hablaba en la panadería. Las fiestas religiosas se hicieron en patios. Las misas, en casas. Y aunque la ley lo prohibía, cada tanto alguien se atrevía a alzar un cántico breve, una oración disfrazada de canción. Analco no se rendía. Solo aprendía a resistir con otros lenguajes. Mateo escribía pequeños fragmentos, crónicas, poemas, frases que recogía en la plaza o entre los vecinos. Empezó a guardar sus escritos en un cuaderno envuelto en tela de saco. Lo escondía debajo del horno, entre la madera y el hollín. A veces, en la madrugada, los leía en voz baja mientras el pan leudaba.

—La fe también se escribe —decía para sí—. Si no en piedra, entonces en papel.

Una mañana, al abrir el taller de pan, encontró una nota pegada a la puerta. “No se permite congregación religiosa en negocios. Ley Lerdo” (Sección Segunda, 2016). No estaban rezando. Solo hablaban. Pero a los ojos del gobierno, todo era sospechoso. Mateo despegó la nota con calma. No la rompió. La guardó entre las

hojas de su cuaderno. Sabía que algún día, esas notas serían pruebas. De lo que resistieron. De lo que callaron. De lo que no pudieron quitarles.

Con el paso de los meses, la iglesia fue reabierta. Pero no era la misma. Ya no era eje, ni centro, ni refugio. Era un edificio más. Sin propiedad. Sin voz. Sin legitimidad. El sacerdote que oficiaba, un hombre joven que venía de Tepatitlán, celebraba misa con tono neutro, como si el evangelio fuera ahora una obligación administrativa. Ya no se escuchaba latín en las paredes, sólo ecos dispersos. La comunidad volvió a entrar, pero con los ojos bajos. Como si pisaran una casa que ya no era suya.

Mateo seguía escribiendo. Nadie sabía muy bien para qué. Él tampoco. Sólo sabía que si no lo hacía, algo se le atoraba en la garganta. Anotaba todo: los días en que no hubo pan, las veces que los niños lloraron al ver el templo vacío, las palabras que escuchaba a la pasada en la plaza. Lo hacía en silencio, sin intenciones grandes. Sin pensar en el futuro. Solo por testimonio.

—¿Qué haces con tantas hojas? —le preguntó su tía una tarde.

—Estoy guardando el barrio —respondió.

Y era verdad.

La Reforma trajo consigo muchas cosas: la secularización de los hospitales, la confiscación de terrenos, la creación de nuevos registros civiles. Algunos beneficios fueron reales: hubo más acceso a la educación, más libertad de prensa, más debate. Pero en Analco, los cambios llegaron con otra cara. Menos abstracta. Más directa.

—Antes nos nombraban desde el púlpito. Ahora desde una lista —decía un vecino—. Somos cifras, no feligreses.

—Eso también es libertad —respondía otro.

No había consenso. Solo adaptación. Y cansancio. Con el tiempo, las calles cambiaron. El empedrado fue sustituido en algunas zonas. Se abrió una nueva vía hacia el mercado. Los oficios antiguos comenzaron a desaparecer. Los alfareros migraron. Los bordados ya no se vendían como antes. Y en las puertas de los talleres comenzaron a pegarse carteles con letras oficiales, donde se informaba que tal o cual predio había pasado a manos del gobierno.

Mateo no se quejaba. No organizaba revueltas. No lideraba asambleas. Solo seguía escribiendo. Cada vez más, cada vez con menos papel. Al final, usaba hasta los márgenes. Incluso los recibos del pan viejo. Una madrugada, colocó su cuaderno dentro de una caja de madera. Lo envolvió en tela de saco y lo enterró bajo el piso del horno, donde alguna vez su abuelo Nicolás había guardado otro secreto. No dejó señal. No lo mencionó. Pero lo hizo con esa certeza que tienen los que saben que todo pasa, y todo vuelve. Años después, cuando el templo de San Sebastián recuperó algo de su actividad, nadie recordaba ya las leyes que lo habían silenciado. Pero Mateo sí.

Y aunque nunca publicó una línea, aunque nadie leyó su cuaderno, aunque su nombre no apareció en los periódicos, quedó claro —al menos para él— que la Reforma no lo había borrado. Solo lo había obligado a guardar su fe en otro idioma.

Fuego entre los muros

Rosalío había nacido con el siglo. Su madre decía que eso lo volvía un hijo del cambio, aunque él solo se sentía hijo del humo y de la tinta. Trabajaba en una pequeña imprenta al final de la calle de Los Herreros, donde se publicaban avisos parroquiales, menús de cantinas, sermones traducidos al español y —más recientemente— panfletos con títulos peligrosos. Tenía diecisiete años cuando imprimió por error una frase que le quemó las manos: “Tierra y libertad”. La tinta aún estaba fresca cuando el maestro impresor le advirtió:

—Ten cuidado con lo que imprimes. Las palabras también matan.

Analco, en 1910, no era el mismo de sus abuelos. Había cambiado el aire, el ritmo, los rostros. El tren ya pasaba cerca. Había más fábricas, menos talleres. Los oficios tradicionales sobrevivían a duras penas. La herrería se había reducido a encargos ocasionales. El pan, antes sagrado, ahora era barato. Y los jóvenes — como Rosalío— ya no pensaban en santos ni en gremios, sino en sindicatos, derechos y justicia. Pero a pesar de los cambios, el barrio seguía siendo lo mismo: el margen. El “otro lado”. Solo que ahora, el margen empezaba a moverse.

Los rumores de la Revolución llegaron en papel, pues el movimiento se había iniciado en Jocotepec, Sayula y Chapala (Romero, 2010). Primero como susurros, luego como proclamas. Zapata. Madero. Villa. Carranza. Nombres que no se pronunciaban con claridad, pero que empezaban a aparecer en carteles que desaparecían al amanecer. En la imprenta, Rosalío comenzó a leer lo que antes solo pasaba por sus manos. Descubrió el valor de un panfleto. De una consigna. De una palabra impresa. Y entonces entendió que la guerra no solo se peleaba con fusiles, sino también con ideas.

Una noche, un grupo de hombres armados cruzó el barrio. No eran soldados, ni federales, ni zapatistas. Eran solamente hombres: sucios, hambrientos, enfurecidos. Buscaron comida, techo, zapatos. Entraron a la panadería. A la parroquia. A la imprenta. Rosalío los vio de lejos. No hizo nada. No dijo nada. Aprendió, como su abuelo y su bisabuelo, que en tiempos de guerra, la resistencia también puede ser quedarse en pie sin hacer ruido.

Poco después, llegaron los federales. Y luego, los carrancistas. Y luego, nadie. Porque así era la Revolución para barrios como Analco: una puerta giratoria de banderas y órdenes opuestas. Una confusión permanente entre quién manda, quién dispara, quién reparte justicia y quién solo pasa robando. Y, sin embargo, el barrio seguía latiendo.

Las mujeres seguían horneando. Los niños seguían jugando con piedras. Los viejos seguían rezando sin templo. Como si nada. O como si todo. Rosalío comenzó a escribir. No con tinta, sino con su propia vida. Ocultó panfletos en techos. Copió poemas obreros en servilletas. Aprendió de memoria un manifiesto que decía: “No hay revolución sin barrio”. Y mientras el país ardía, Analco resistía. No por heroísmo, sino por costumbre. Porque ya sabía vivir con poco. Ya sabía perder. Ya sabía esperar.

Aunque no hay registros oficiales de dicha fecha, se dice que en noviembre de 1914, hubo una marcha en Guadalajara, uno de los muchos movimientos que sacudieron a la capital de Jalisco entre 1914 y 1915 (Del Palacio, 2017). Fue pequeña, improvisada, casi invisible. Eran obreros, jornaleros, algunos tipógrafos, unas mujeres que gritaban con más fuerza que los hombres. No llevaban

armas, solo pancartas hechas con papel de empaque y palabras prestadas de periódicos (Fernández, s.f).

Rosalío no marchó. Pero sí imprimió los panfletos. Y cuando la manifestación fue disuelta a golpes por soldados con órdenes confusas, supo que la Revolución no era solo la historia de Villa y Zapata. Era también la historia de los que corrían sin saber hacia dónde. De los que eran golpeados sin saber por qué. De los que desaparecían sin haber tenido nunca una bandera propia.

Después de la represión, el templo de San Sebastián volvió a cerrar. Las autoridades, temerosas de conspiraciones, clausuraron espacios públicos. El cura fue arrestado por “propagar discursos reaccionarios”. Y el barrio volvió al silencio. Pero esta vez, no fue un silencio resignado. Fue un silencio que pensaba. Que escribía. Que discutía a media voz.

Rosalío abrió la imprenta solo para los vecinos. Imprimía cartas, recetas, oraciones clandestinas. Pero también imprimía boletines anónimos, donde se hablaba de salario justo, descanso dominical, escuelas sin castigo. Eran palabras pequeñas, dispersas. Pero entre los márgenes, una idea comenzaba a gestarse.

En 1916, llegó al barrio la noticia de que habría una nueva Constitución (Ferrer, 2014). Rosalío no supo si creer. Pero esa noche, por primera vez, se atrevió a leer en voz alta uno de los panfletos que había impreso.

—“Todo individuo tiene derecho al trabajo digno y socialmente útil...” —leyó.

No sabía bien lo que significaba. Pero sonaba a algo nuevo.

Ese mismo año, su madre cayó enferma. Murió en silencio, como todo en Analco. Sin médico, sin misa, sin queja. Al día siguiente, Rosalío horneó pan con la receta de su abuela. Lo envolvió en papel reciclado y lo repartió entre los vecinos.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó una niña.

—Porque el pan también guarda memoria —respondió.

La Revolución terminó. O eso dijeron los periódicos. Pero en Analco, las cosas cambiaban más lento. Con otro ritmo. Como fermentando. El barrio seguía siendo pobre. Seguía sin calles pavimentadas. Seguía sin figurar en los discursos. Pero había algo distinto. Había niñas que sabían leer. Hombres que sabían

organizarse. Y muchachos como Rosalío que, sin saberlo, estaban escribiendo la historia de los que no aparecían en los libros.

Una noche, mientras revisaba papeles viejos, encontró una hoja escrita a mano por su abuelo Mateo. Era una lista sin título. Palabras sueltas. Ideas. “Resistir”, decía una. “Guardar”, decía otra. Y al final, casi ilegible: “Nunca dejar de escribir, aunque nadie lo lea”. Rosalío dobló la hoja. La guardó en el cajón de la imprenta. Y siguió imprimiendo. Porque la Revolución, en Analco, no fue el final de nada. Fue el comienzo de una conciencia.

Analco en tres actos (El barrio que se abrió por dentro)

Acto I: El desgaste lento

A doña Cecilia el barrio se le fue cayendo en silencio. No de golpe, como los techos que colapsan con la lluvia, sino como el polvo que se acumula entre las grietas. Nadie notó el principio. Nadie marcó el día en que Analco dejó de ser ese lugar de talleres vivos, de pan recién salido, de voces que se saludaban por nombre. Tenía apenas doce años cuando su padre puso la tienda. Era un cuartito de tabique rojo con un mostrador improvisado y estantes hechos con madera reciclada. Vendían de todo: frijol, galletas, refrescos, clavos, jabón en barra. La gente llegaba no solo a comprar, sino a contar cosas. La tienda no era un negocio. Era una extensión de la casa, del barrio. Una frontera amable entre lo privado y lo común.

—¿Se acuerda, doña Ceci, de cuando el horno de los Herrera olía desde aquí?

Sí se acordaba. Y de mucho más.

En los años cincuenta, Analco todavía resistía. No era el centro, pero tampoco era olvido. Los oficios estaban vivos. La herrería, la panadería, los carpinteros, los bordados. Las mujeres tendían en la calle. Los niños jugaban con pelotas de trapo. Aún se hablaba en náhuatl en voz baja, sobre todo entre los viejos. Y el templo de San Sebastián seguía siendo brújula. Pero el país empezó a crecer sin mirar hacia atrás. Las fábricas llegaron a otras partes, los empleos formales

también. A los jóvenes ya no les alcanzaba con aprender un oficio. Querían “algo más”. Y el “algo más” estaba lejos de Analco. A los hombres los absorbió la ciudad, y a las mujeres las replegaron a los patios.

Cecilia se casó a los veinte. Tuvo tres hijos. Mantuvo la tienda abierta aunque las ventas ya no eran las mismas.

—Lo que uno vende aquí ya no es producto —le dijo un día a su esposo—, es presencia.

Llegaron los años setenta, y con ellos el abandono (Vázquez, 2018). Las calles dejaron de arreglarse. Los postes tardaban meses en ser reparados. El puente se volvió ruina. Algunos vecinos comenzaron a irse, los más jóvenes, los que podían. Los que no, resistían. Pero Analco ya no era el barrio de su infancia. Había más cantinas que panaderías. Más silencio que campanas.

—Parece que nos van dejando al final —decía don Toño, el herrero—. Como quien barre la casa y olvida una esquina.

Cecilia lo veía todo desde el mostrador. Primero dejaron de venir por galletas, luego por arroz, luego por salud. Y ella seguía abriendo todos los días a las siete de la mañana. Porque alguien tenía que estar ahí. Porque la tienda era su forma de decir: “Aquí seguimos”.

Cuando su esposo murió, nadie vino del municipio. El templo apenas sonó una campana. Sus hijos estaban ya en Tlaquepaque, en Tonalá, en el otro lado de la ciudad. Volvían de vez en cuando, le traían mandado del súper, querían convencerla de cerrar.

—Vente con nosotros, mamá. Aquí ya no queda nada.

Pero sí quedaba. Quedaba el eco de las vecinas que ya no estaban. Quedaban los frascos de cristal con dulces. Quedaban las paredes llenas de polvo y memoria. Y quedaba ella. Cecilia.

A mediados de los ochenta, comenzaron a abrir zanjas. Decían que eran obras del SIAPA. Que pondrían un nuevo sistema de drenaje. Que traían gasolinas, que era por el bien del barrio. Las calles estaban abiertas por semanas. Meses. Se notaba un olor extraño. Como a humedad rancia. Como a gasolina vieja (Cárdenas, 2022).

Cecilia preguntó muchas veces. Nadie respondía. Solo trabajadores cansados, con cascos sucios, que cavaban, rompían, tapaban, y volvían a cavar.

—¿No huele raro, señora? —le dijo una vecina un día.

—Desde hace rato —respondió ella—. Pero ya todo huele raro en este barrio.

Y entonces llegó el año 92. Pero aún no hablemos del estallido. Porque el estallido no fue un accidente. Fue una consecuencia. Una herida vieja que nadie quiso cerrar. Y doña Cecilia, desde su tienda, lo supo antes que nadie. No con palabras. Con el cuerpo.

Acto II: El olor a nada que advertía todo

Los días antes de la explosión huelen a humedad y a cosas que nadie nombra. A gas viejo. A miedo contenido. Eso lo recuerda doña Cecilia con exactitud. No la fecha —esas se borran—, sino el olor. El olor fue la primera alarma.

Primero pensó que era la coladera. Después, que alguien tiró pintura o solvente. Luego llegó la zanja abierta, justo frente a su tienda. Y entonces supo que no era cosa suya. Era del subsuelo. Era más profundo. Una vecina le dijo que también olía en la primaria. Otra, que las alcantarillas echaban vapor.

—¿Y si es gas? —preguntó alguien.

—¿Y si explota?

Las preguntas quedaron en el aire como el olor. Nadie respondió. Nadie vino. El municipio negó que fuera grave. El SIAPA dijo que eran reparaciones normales. Pemex no supo. Nadie supo. Pero Cecilia ya lo sabía. Sabía que el barrio se estaba llenando de algo que no se podía ver. Sabía que nadie escucharía a la gente de Analco. Nunca lo hacían. Así que preparó un costal con documentos, fotos, una chamarra y una Biblia. Lo dejó cerca de la puerta trasera de la tienda. No dijo nada. Solo miró al altar con la imagen de San Sebastián y le murmuró:

—Por si pasa lo que no tiene nombre.

Y entonces llegó el 22 de abril de 1992 (Cárdenas, 2022).

El día en que Analco se abrió por dentro. Eran poco después de las diez de la mañana. El suelo tembló. Pero no como en un sismo. Tembló como si debajo algo

estallara a patadas. Un rugido. Y luego otro. Y otro. Tres. Cuatro. Cinco explosiones. Como si el infierno decidiera salir.

Cecilia no recuerda cómo salió de la tienda. Recuerda el polvo. Recuerda los gritos. Recuerda que corrió sin saber a dónde, sin cerrar la puerta, sin mirar atrás. Recuerda cuerpos en el suelo. Gente ensangrentada. Paredes abiertas. La calle partida. Recuerda que el templo se llenó de humo. Que la campana se cayó. Recuerda zapatos sueltos, como si alguien hubiera salido de ellos de golpe. Y sobre todo recuerda el silencio después. Un silencio tan hondo que dolía.

Murieron más de doscientas personas. Aunque las cifras oficiales no lo reconocen. Hubo niños. Hubo madres. Hubo señores que iban por tortillas. Hubo vecinos que no regresaron. Hubo nombres que no volvieron a sonar. Y Analco, que ya venía roto, se quebró del todo. La tienda de doña Cecilia quedó de pie. Milagrosamente. Las botellas se quebraron. El cristal del mostrador se astilló. Pero las paredes resistieron. Ella no regresó en días. Cuando lo hizo, encontró la imagen de San Sebastián en el suelo, cubierta de tierra. La limpió con una toalla vieja. La volvió a colocar. Pero ya no rezó.

El gobierno vino. Con prensa, con promesas. Repararon algunas calles. Pusieron bardas. Entregaron apoyos. Dieron discursos. Pero nadie les devolvió a los muertos. Y mucho menos, la vida anterior.

Los hijos de doña Cecilia volvieron un par de veces más. Luego ya no. La querían llevar con ellos. Ella se negó.

—Si yo me voy, ¿quién les cuenta lo que pasó?

Y se quedó. A abrir su tienda cada mañana, aunque ya nadie compre. A cuidar su altar, aunque ya no rece. A recordar por todos, aunque nadie le pregunte. Porque hay barrios que mueren una vez. Y hay barrios —como Analco— que mueren de a poco. Y aún así no se rinden. Porque guardan entre sus grietas la memoria. Y mientras haya alguien que lo recuerde, no termina de desaparecer. Y esa es Cecilia. Sentada detrás del mostrador. Esperando no que alguien compre, sino que alguien escuche. Porque el barrio se abrió por dentro. Y alguien tiene que contar lo que había ahí.

Epílogo: Y aquí sigo

Doña Cecilia ya no escucha igual. Los años le han comido un poco la vista, la espalda, la fuerza. Pero no la memoria. Sigue viviendo encima de la tienda. Ya casi no abre. A veces un niño entra por una soda, una señora pide fiado un huevo o una veladora. Pero son pocos. Ya no es lo que era. Ni ella, ni la tienda, ni el barrio.

Camina despacio. A veces hasta alguno de los puentes del mercado de San Juan de Dios. Mira las bardas nuevas, los grafitis viejos. Ya no están los panaderos. Ni los carpinteros. Ni el sonido del martillo. Solo queda el eco de lo que fue. A veces, en la tarde, pone una silla afuera de su puerta. Mira a los perros cruzar la calle. A los muchachos con audífonos. A los edificios que brotan como ajenos. Nadie la saluda. No la conocen. Pero ella conoce cada piedra de ese suelo. Cada casa que ya no está. Y piensa, sin decirlo: “Si algún día vuelven a preguntar por Analco, yo puedo contarles.”

Porque hubo un tiempo en que aquí se forjaban cosas. Y otro, en que se partió la tierra. Y otro más, como hoy, en que el barrio sobrevive solo porque alguien se empeña en recordarlo. Y ese alguien, aún, es ella. Doña Cecilia.

Nueve palabras en honor a Analco

Parte I

A Martín lo conocen como “el del taller que huele a cumbia y grasa”. Siempre está con la radio prendida, el cigarro colgando, la camiseta manchada de aceite y una frase lista para el que se atreva a preguntarle por qué tarda tanto con el carro.

—Porque los carros, igual que los hombres, no se arreglan a gritos — responde.

Su taller está en la calle medrano a una cuadra de la avenida revolución, pegado a una casa vieja que se ha ido venciendo con los años. El letrero, oxidado y con faltas de ortografía, dice “Mecánica El Cuate”, aunque ya nadie se acuerda de “el cuate”, quien era su abuelo y uno de los primeros mecanicos de la zona. Pero a

Martín no le importa. Él creció viendo a su abuelo arreglar aquellos viejos Ford, Chevrolet, Vochos con una llave inglesa y un rosario.

—Aquí se ha arreglado más fierro que en el centro histórico —dice, entre risas.

Martín nació en Analco. Su madre vendía tamales afuera del templo. Su padre fue mecánico antes que él, y su abuelo antes que ellos. Es decir, el barrio está en su aceite. Nunca salió de ahí. Nunca quiso.

—La ciudad cambió, pero yo sigo usando las mismas pinzas —dice mientras le sopla el polvo al carburador de un vocho del 84.

Hay cosas que aún llegan desde lejos. Un tipo viene desde Oblatos con su Chevy porque dice que “sólo Martín lo entiende”. Otro, de San Juan Bosco, le paga con cerveza si le arregla el estéreo. Y siempre hay un vecino que llega con la promesa de “mañana te traigo lo que falta”. Martín acepta. Porque Analco no funciona con contratos. Funciona con memoria.

Cuando explotó la colonia en el 92, él tenía 15. Estaba en la secundaria, escuchando Soda Stereo, queriendo ser baterista. Pero la explosión le quitó el ruido. Literal. Le dejó un zumbido en el oído derecho que aún le acompaña.

—Desde entonces, los motores me suenan como si me hablaran bajito.

Y por eso se quedó. Porque alguien tenía que seguir reparando las cosas que el barrio ya no podía sostener. A veces, mientras espera que se enfríe una pieza, se sienta en un banquito junto al gato hidráulico y se pone a ver pasar a la gente. Dice que ya no conoce a nadie. Que los viejos se murieron. Que los hijos se fueron. Que el barrio ya no huele a pan, sino a fuga.

—Pero igual, aquí sigo —dice, sin drama.

Hay un árbol frente al taller. Uno de esos que nadie sembró, pero que ahí está. Lo riega con lo que sobra del taller. Le puso nombre: Rondana.

—Porque creció torcido, pero no se rinde.

Y a veces uno piensa que habla del árbol. Y otras, que habla de él.

Parte II

A don Ernesto nadie le dice don. No porque le falte el respeto, sino porque en su casa el respeto se gana lavando los trastes, no diciendo señor. Tiene 52 años, la espalda encorvada de tanto cargar costales, y un tono de voz que apenas supera el ruido del refrigerador viejo donde guarda lo poquito que alcanza para toda la semana.

Vive en la misma casa en la que nació, pero ahora con dieciocho personas más. Primero eran él, su esposa y sus ocho hijos. Luego llegaron las nueras, los nietos, los que se quedaron sin casa, los que regresaron cuando no pudieron pagar la renta. Y el patio se volvió cuarto. La sala se volvió cocina. El baño, turno. A veces no hay comida suficiente. Otras, sobra arroz pero falta gas. Y siempre, siempre, hay ruido. El llanto de un bebé. La telenovela a todo volumen. Alguien que lava a deshoras. La risa de los adolescentes. El timbre. El camión del gas. El perro. Todo junto. Don Ernesto ya no escucha el silencio. Dice que el silencio sería sospechoso.

—Si todo está callado, es que algo anda mal —dice, mientras arregla una silla rota con un cinturón viejo.

Trabaja en la Central de Abastos. Se va a las cuatro de la mañana. Regresa a las seis de la tarde. No se queja. Solo pide que no le pregunten si es feliz.

—Con que no falte el arroz y el techo aguante, ya es ganancia.

A veces sueña con un cuarto para él solo. Una televisión sin interferencia. Una taza de café sin que alguien le diga: “¿pa’ mí no hay?” Pero cuando entra y ve a sus nietos dormidos en el piso, con el ventilador apuntándoles directo al alma, se le pasa la idea.

—Esta casa ya no es mía —dice—. Es de todos.

Y tiene razón. Porque es la casa donde se cruzan generaciones que no caben, pero se acomodan. Donde no hay espacio, pero sí costumbre. Donde no hay paz, pero hay pertenencia. Dicen que un día le ofrecieron venderla. Un desarrollador. Mucho dinero. Don Ernesto se rió.

—¿Y pa’ dónde los mando? ¿Pa’ la calle?

Y siguió. Lavando los trastes. Contando tortillas. Poniendo su nombre en el recibo de la luz. Como quien sostiene un barco con las manos. Como quien calla para que otros hablen.

Parte III

En Analco hay calles que se callan solas. Esquinas donde el aire se vuelve más pesado. Casas con cortinas corridas todo el día. Y en una de esas vive él. Nadie lo llama por su nombre. A veces es “el de la moto”, otras “el chavo de los tenis caros”. Pero todos saben a qué se dedica. Y todos, de alguna forma, lo permiten.

Tiene 24 años. No estudia. No trabaja —al menos no como su madre querría.— Se levanta tarde. Come rápido. Revisa el celular cada cinco minutos. Sale. Regresa. Sale otra vez. Nunca corre. Nunca grita. Nunca carga nada que parezca sospechoso. Pero su mochila siempre pesa. Dice que no tiene opción.

—¿Tú crees que me gusta esto?

No espera respuesta. Solo se acomoda la gorra y mira hacia la calle. Como si buscara algo. O a alguien. Su papá se fue cuando él tenía siete. Su mamá trabaja en una cocina económica, diez horas al día por el sueldo de cuatro. Tiene una hermana menor que aún cree que él es un héroe. Él no la corrige.

—Me cansé de ver cómo los demás sí traen carro, celular, ropa. Y uno nada.

Así empieza su justificación. Y luego calla. Porque sabe que no hace falta decir más. Que en este barrio, la necesidad también tiene cara de oportunidad. No se mete con nadie. No asalta. No grita. No presume. Pero cada tanto, alguien toca a su puerta. Y él responde con una seña. Y el trato se hace en segundos.

Una vez lo detuvieron. No encontraron nada. Salió al día siguiente. La vecina que lo denunció se mudó semanas después. Desde entonces, ya nadie dice nada. Solo lo ven pasar. En la moto. Con su mochila. Con esa mirada que no es de culpa, sino de resignación.

A veces, en la noche, se sienta en la azotea. Fuma. Mira el barrio. Y murmura:

—Yo también me quería ir.

Y luego se ríe, bajito. Como quien se burla de sí mismo por haber tenido un sueño.

Parte IV

El padre Julián llegó al templo de San José hace siete años. No lo mandaron. Él pidió venir. Decía que quería una parroquia pequeña, un barrio con historia, un lugar donde aún se pudieran escuchar los pasos de la gente cuando va a misa. Y sí, los escuchó. Pero también escuchó otras cosas: el silencio de los que ya no rezan, el eco de los que se fueron, el suspiro largo de un templo que se cae a pedazos.

—Aquí la fe no se ha ido —dice—. Sólo se ha cansado.

Tiene 58 años. La voz baja, la espalda encorvada, los ojos que siempre lloran. No habla del infierno. No amenaza con castigos. Solo insiste en la compasión.

Todos los días celebra misa, aunque haya solo diez personas. A veces menos. Una señora con su rosario. Un señor dormitando. Dos niños que juegan en la banca de atrás. Y él, ahí. Vestido de blanco. Hablándole a Dios y, sobre todo, pidiéndole que no olvide a aquel barrio.

Durante la pandemia, la parroquia cerró tres meses. Cuando volvió a abrir, casi nadie regresó. El padre Julián no reclamó. Solo adaptó la liturgia. Acortó las homilias. Dejó la puerta abierta todo el día, para que quien quisiera entrar, entrara sin sentir que llegaba tarde.

Una vez lo encontró una vecina barriendo el atrio a las seis de la mañana.

—¿Qué hace tan temprano, padre?

—Estoy esperando a alguien —dijo.

—¿A quién?

—A cualquiera.

No tiene redes sociales. Ni auto. Ni ayudantes. A veces arregla el altar él mismo. A veces compra flores con su dinero. Una vez lo vieron reparando una banca con cinta adhesiva. Otra, llevando pan a una señora enferma. Nunca predica con estruendo. Nunca juzga. Nunca pregunta por qué no vienen más. Sólo espera. Y reza por los que ya no rezan.

En las explosiones del 92, el templo de San José no se cayó, pero se agrietó. Él no estaba ahí entonces, pero dice que el barrio nunca se curó del todo.

—No por la muerte. Por la indiferencia.

Y eso es lo que más le duele.

Hoy, en su despacho, tiene una libreta donde anota nombres. Nombres de los que ya no van. De los que se mudaron. De los que se perdieron. De los que, quizá, un día regresen. Porque el padre Julián no espera milagros. Sólo regresos. Y a veces, es casi lo mismo.

Parte V

A Carmen le dicen “la de los helados que curan”. No porque sanen de verdad, pero porque después de un mal día un vaso de nieve de vainilla y nuez parece suficiente para seguir.

Tiene 66 años y su carrito blanco, con las letras despintadas, es tan parte del parque como las bancas oxidadas o las palomas. No grita, ni anuncia. No tiene altavoz. Solo se sienta junto al árbol más grande, pone un banquito para los clientes y espera. Y siempre, siempre, alguien llega.

Vende desde hace casi treinta años. Primero iba casa por casa. Luego se estableció en el parque de Analco.

—Aquí me planté como árbol y ni el sol me saca —dice con una risa que suena a cucharón golpeando la hielera.

Tiene sabores que ya no se encuentran: coco rallado con piña, grosella, guanábana de verdad. No usa químicos. No le gusta el “color chicle”. Su nieve es espesa, densa, de las que se comen despacio. Los niños la adoran. Los adultos la respetan. Y los abuelos la recuerdan desde cuando su carrito tenía una campanita que ella misma hizo sonar hasta gastar la cuerda.

—Yo no vendo helados, mijo, yo vendo recuerdos fríos.

Una vez la intentaron asaltar. El chavo se arrepintió cuando Carmen le dijo, sin moverse:

—¿Y tú crees que me quedan más años que paletas?

Tiene dos hijos que viven lejos. Uno en Chicago, otra en Puebla. Le mandan dinero a veces. Le llaman en el Día de las Madres. Pero ella dice que su familia es el barrio. Conoce a todos: al mecánico que le da cambio justo, al padre que compra nieve sin azúcar, a la señora de los pájaros que siempre le pide una de limón “sin mucha escarcha”.

No piensa dejar el carrito. Ni moverse de la sombra. Ni cambiar de sabores.

—Ya solo quedamos los helados y yo —dice.

Y luego ofrece una cucharadita, como si fuera bendición.

Y si le preguntan cuánto cuesta, Carmen no responde de inmediato. Primero mira al cliente. Y si lo ve con los ojos caídos, dice:

—Hoy, uno va por la casa.

Parte VI

Todos los días, a las siete y media de la mañana, doña Lupe camina desde su casa hasta el parque de Analco con una bolsa de pan en una mano y una bolsa de alpiste en la otra. Llega, se sienta, parte el pan con paciencia, y lo lanza en semicírculos. Los pájaros llegan puntuales. Como si también le debieran algo.

Nadie sabe bien cuántos años tiene. Ella dice que dejó de contarlos cuando se le murió su esposo. Desde entonces, el parque se convirtió en su compañía. Dice que los pájaros no juzgan. No preguntan por qué va sola. No opinan si trae la misma ropa. Solo llegan, comen y cantan. Y a veces, ella también les contesta.

Tiene nombre de pila —Guadalupe— pero nadie la llama así. Para todos es “la señora de las aves”. La ven los vecinos. Los jóvenes que cruzan hacia el camión. Los niños que pasan a la escuela. Y aunque muchos no le hablan, todos saben que si un día ella no llega, algo anda mal.

Una vez un niño le preguntó por qué lo hacía. Ella lo miró, le ofreció un pedazo de bolillo y respondió:

—Porque si uno no da, se queda con las manos llenas de nada.

Tiene historias. Muchas. Una hija que ya no le habla. Un nieto al que cuida de lejos. Un dolor en la rodilla que no se le va. Y un anillo que sigue usando aunque la mano que lo puso ya no esté.

Pero no se queja. Solo parte pan. Y lanza migas.

A veces los pájaros se pelean entre ellos. A veces no llegan. A veces llueve. Y ella igual se sienta. Porque ella prometió algo a alguien, quizás a las mismas aves. Una fidelidad que no entiende de clima ni calendario.

Los vecinos dicen que un día el parque será remodelado. Que pondrán rejas. Que quitarán los árboles. Ella solo sonríe, porque pase lo que pase, los pájaros volverán. Porque el pan es suyo. Pero las alas, son de ellos.

Y mientras tanto, ahí está. Sentada, con la bolsa ya vacía. La mirada hacia el cielo. Y un gorrión que, como siempre, se posa en su rodilla—como si supiera que es bienvenido.

Parte VII

Rubén tenía nueve años cuando la tierra se abrió. Vivía en la calle Gante, a unas cuadras del centro del estallido. Su madre fue por tortillas. Nunca volvió. No hubo cuerpo. Solo polvo. Pedazos. Y una bolsa que alguien creyó que era suya. Desde entonces, nadie más le volvió a pedir que fuera por el mandado.

Ahora tiene 40. Trabaja en un local de pinturas. Vive con su tía. Tiene tres hijos. No le gusta hablar del 22 de abril. Pero cada año, ese día, pone una veladora. Una sola. En el quicio de la puerta. Sin nombre. Sin foto.

—¿Para qué? —dice—. Si ya todos se olvidaron.

A veces sueña con el estallido. Otras, con la voz de su madre. Y otras más, con nada. Solo un silencio que pesa como cemento.

Los gobiernos han cambiado. Los vecinos también. Pero Rubén sigue ahí. En la misma calle. En la misma casa —aunque con otro techo. Con el mismo miedo a los olores raros. Con la misma costumbre de no cerrar bien la puerta, por si alguien regresa.

Una vez su hijo le preguntó:

—¿Cómo murió mi abuela?

Y él sólo dijo:

—Se fue al centro y ya no volvió.

No quiere homenajes. Ni placas. Ni disculpas tardías. Solo quiere que no borren lo que pasó. Que no tapen con asfalto lo que sigue latiendo debajo.

—Yo nací en Analco y cuando explotó, no me fui. Así que si alguien pregunta quién soy, soy el hijo de los escombros. Y aquí sigo.

Sin rencor. Pero con memoria. Que a veces es casi lo mismo.

Parte VIII

Llegaron hace poco. Una pareja joven con dos niños, una licuadora envuelta en toallas y un perro que no deja de ladrar.

La casa estaba sola desde hacía años. El techo tiene filtraciones. La reja está vencida. El patio, seco. Pero ellos pusieron cortinas de colores y colgaron ropa desde el primer día.

—Aquí podemos empezar —dijo ella.

Los vecinos los miran raro. No con malicia. Con reserva.

—¿Y esos de dónde salieron?

—Dicen que de Tlaquepaque.

—Otros dicen que venían huyendo.

Nadie sabe. Nadie pregunta. Pero todos observan.

El señor, que se llama Elías, arregla cosas. Ha reparado tres timbres en la cuadra sin cobrar. La señora, Gaby, hace gelatinas y las vende por encargo. Los niños ya juegan en la banqueta, aunque aún no aprenden los nombres.

Una vecina les llevó pan. Otra, una advertencia:

—Aquí no es como allá. Aquí la gente recuerda.

No han ido a misa. No conocen a Carmen la heladera. No han escuchado la historia del 92. Pero han aprendido que los perros del parque son de todos y que las palomas también.

Gaby quiere plantar albahaca en el patio. Elías quiere pintar la fachada con cal. Los niños quieren una bicicleta. Y todos, sin decirlo, quieren quedarse.

Una noche, Rubén —el del otro lado de la cuadra— les tocó la puerta.

Les prestó una cubeta. Y dijo:

—Cuiden el agua. Aquí se va sin avisar.

Ése fue el primer puente. Pequeño. Pero firme. Porque en Analco nadie entra sin pisar los pasos de otros. Pero si se pisa con cuidado, si se escucha, si se aprende, el barrio abre la puerta. Y esta familia, que vino sin historia, empieza a escribir la suya. Con pintura, con arroz hervido, y con la esperanza —aún tímida de que este sí pueda ser su lugar.

Parte IX

A veces creen que es monja. Por la bata blanca, por la mirada firme, por el silencio con el que camina los pasillos del Hospital Sagrado Corazón. Pero no. Se llama Teresa y es enfermera desde hace treinta y dos años. Toda una vida, en el mismo hospital. En el mismo barrio.

Dice que Analco también se enferma. Que lo ha visto perder movilidad, ánimo, vecinos. ero igual que con un paciente crónico, ella no lo abandona.

—Uno aprende a cuidar lo que ya no va a sanar, pero que sigue viviendo — dice.

Teresa llega antes que todos. Revisa la temperatura de los cuartos. Saluda a los pacientes con su “buenos días” corto, firme. Se mueve rápido. Pero nunca atropella.

Sabe cuándo alguien se va a morir. Sabe cuándo mienten. Sabe cuándo llorar es la única cura. Y aunque ha visto más finales que abrazos, nunca ha dejado de tocar la frente con suavidad.

Vive a dos cuadras. Camina al trabajo todos los días, con el lunch envuelto en servilletas. Ya no tiene hijos en casa. Uno se fue al norte. Otra se casó con alguien “que no entiende de barrio”. Y ella se quedó. Con los turnos nocturnos. Con las historias que nadie cuenta.

Una vez, durante la pandemia, pasó 72 horas sin dormir. La encontraron sentada, los ojos enrojecidos, escribiendo algo en una servilleta.

—¿Qué hace, Teresa?

—Anoto el nombre de los que ya no están para no olvidarlos. Porque aquí nadie se muere del todo si alguien los nombra.

Nunca pidió aumento. Nunca faltó. Nunca alzó la voz. Pero todos la respetan. Médicos. Camilleros. Pacientes. Porque en su voz hay algo que ordena sin imponer.

Cuando alguien del barrio llega al hospital, la buscan.

—¿Está la enfermera Teresa?

—¿La que es de aquí?

Y entonces todo es distinto. Porque una inyección, dada por ella, no duele. Porque una mala noticia, dicha por ella, se entiende. Porque ella sabe quiénes son, de dónde vienen, qué ha pasado en esa calle.

En el casillero del personal, Teresa guarda una foto de su madre, una imagen de San Sebastián y una piedra pequeña que recogió el día de las explosiones.

—Para que no se me olvide que todo puede romperse.

Ella no quiere placas. Ni reconocimientos. Ni homenajes. Solo pide que el hospital no lo cierren nunca. Que siga ahí, como el corazón que le da nombre. Latiendo lento. Pero latiendo. Y cuando le preguntan por qué no se va a otro lado, dice:

—Porque aquí la vida duele, sí, pero también se cuida.

3. Resultados del trabajo profesional

El desarrollo de este proyecto generó una serie de resultados que considero valiosos en distintos planos: narrativo, documental, investigativo y, sobre todo, en el plano de la sensibilidad histórica y social. A diferencia de investigaciones cuantitativas tradicionales, este trabajo apostó por la recuperación de la memoria desde una perspectiva narrativa, combinando el rigor del dato histórico con el lenguaje de la crónica literaria. El resultado final no solamente es un conjunto de

textos, sino un retrato coral de un barrio que ha sido central en la historia de Guadalajara, y al mismo tiempo profundamente olvidado en el discurso oficial.

Uno de los primeros grandes resultados fue el rescate histórico y cultural del barrio de Analco, desde su fundación en el siglo XVI hasta su transformación contemporánea. A partir de una revisión bibliográfica exhaustiva, se logró establecer un marco sólido sobre el origen de Analco como asentamiento indígena, habitado por los pueblos cocas y tecuexes, y su posterior proceso de mestizaje, reorganización virreinal y deterioro urbano. Cada crónica histórica fue elaborada a partir de fuentes académicas confiables —artículos de revistas especializadas, textos de historia regional, investigaciones arqueológicas— con el objetivo de ofrecer un relato verosímil que trascendiera lo anecdótico y pudiera inscribirse dentro de una lectura más amplia del desarrollo urbano de Guadalajara.

A la par, se construyeron una serie de crónicas contemporáneas que reflejan la vida actual de los habitantes de Analco. Estas narraciones breves, centradas en personajes como una heladera, una enfermera del hospital Sagrado Corazón o un mecánico de la zona, dieron forma a un mosaico humano que revela la diversidad, la precariedad y la fuerza de la vida comunitaria del barrio. Cada personaje fue creado a partir de patrones observados en fuentes secundarias (crónicas periodísticas, documentales, reportajes) y de una serie de entrevistas y charlas con las personas de la colonia.

El segundo gran resultado del proyecto fue la integración de un enfoque narrativo-creativo dentro de un marco académico, demostrando que la escritura literaria puede convivir con la investigación rigurosa y aportar nuevas formas de representación del conocimiento. Este trabajo profesional se propuso explorar el concepto de ficción documentada, en el que los datos históricos se convierten en la base de relatos verosímiles pero con libertad estilística. El resultado es un producto narrativo que puede ser leído tanto como literatura testimonial como como ejercicio de divulgación histórica, ampliando así sus posibilidades de impacto en distintos públicos.

En tercer lugar, el proyecto permitió una relectura crítica de los procesos de transformación urbana en Guadalajara, usando a Analco como caso de estudio. A

través del análisis de fuentes secundarias y el cruce de datos con la narrativa, se evidenció cómo las políticas de modernización urbana, el traslado de infraestructura clave (como la Central Camionera) y la negligencia en el mantenimiento de los servicios públicos durante las décadas de los setenta y ochenta, incidieron directamente en la marginación progresiva del barrio. A ello se suma el impacto emocional y físico que significaron las explosiones del 22 de abril de 1992, abordadas en una de las crónicas más extensas del proyecto. Esta crónica, protagonizada por una comerciante no ficticia llamada Cecilia, fue construida con base en testimonios de medios de comunicación y archivos históricos, y se ha convertido en una de las piezas centrales de la propuesta.

Otro resultado destacable fue el diseño estructural del proyecto como una serie de crónicas interconectadas, que si bien pueden leerse de manera independiente, funcionan también como capítulos de un mismo libro. Esto responde a una intención estética y metodológica: evitar una narración lineal y rígida, y en su lugar apostar por una estructura reticular, donde los relatos se entrelazan a través de personajes, lugares, objetos o símbolos compartidos. Por ejemplo, el río San Juan de Dios aparece en varias de las historias, ya sea como frontera, como recuerdo, como herida o como símbolo espiritual. Esta decisión narrativa le da unidad al conjunto y le aporta profundidad simbólica a la propuesta.

En términos más prácticos, el proyecto también generó un repositorio bibliográfico amplio con fuentes que abarcan historia colonial, antropología, arqueología regional, crónicas urbanas, investigaciones periodísticas y materiales académicos de universidades como la UdeG o el Colegio de Jalisco. Estas referencias no solo sirvieron para sustentar los relatos, sino que representan una valiosa herramienta para futuros proyectos que quieran continuar explorando la historia de Analco u otros barrios históricos de Guadalajara.

Finalmente, uno de los resultados más significativos fue la transformación personal y profesional del autor del proyecto. La elaboración de este trabajo exigió un compromiso ético con la verdad histórica, una constante autocrítica sobre la representación del “otro” y una sensibilidad especial hacia los temas de marginalidad, identidad y pertenencia. El ejercicio de contar historias desde una

mirada profunda, respetuosa y literaria permitió no solamente construir una obra sólida desde el punto de vista académico, sino también generar un espacio de encuentro entre la historia, la literatura y la justicia simbólica.

En síntesis, los resultados del trabajo profesional no se reducen a la entrega de un texto final, sino que abarcan la construcción de una propuesta narrativa innovadora, el rescate de un territorio olvidado, la puesta en valor de la memoria colectiva y la consolidación de una ética narrativa sensible y comprometida. Analco, en estas páginas, deja de ser un barrio más para convertirse en protagonista, en espejo, en archivo vivo.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

4.1 Aprendizaje

Realizar este proyecto fue, ante todo, una experiencia de transformación personal. Desde el primer momento supe que no se trataba únicamente de una investigación académica ni de un ejercicio de recopilación de datos históricos: se trataba de crear un puente entre la historia olvidada de un barrio y la posibilidad de narrarla desde el presente, con respeto, con empatía y con voz propia.

Uno de los aprendizajes más importantes fue la comprensión profunda de que la historia no vive únicamente en los archivos ni en los libros, sino también en las calles, en las fachadas que se caen a pedazos, en las rutinas de los vecinos, en la voz de quienes aún recuerdan. Redescubrir Analco fue redescubrir la ciudad en la que vivo, y fue también un modo de interrogarme a mí mismo sobre qué significa pertenecer a un territorio, a una memoria colectiva, a un relato que no suele estar en los museos ni en los monumentos.

Desde lo técnico y académico, este proyecto me permitió afinar mis capacidades de investigación documental, de contrastar fuentes, de buscar evidencia contextual y de traducir todo eso en una narrativa accesible, sin perder profundidad. Fue fundamental aprender a diferenciar lo que puede afirmarse desde

el respaldo histórico y lo que debe construirse desde la ficción, sin mezclar ni confundir los planos. A lo largo de las crónicas, desarrollé una metodología híbrida que me permitió mantenerme fiel a la veracidad de los datos sin sacrificar la voz literaria, lo que considero un aprendizaje aplicable a otros futuros trabajos de periodismo narrativo, escritura de no ficción o proyectos editoriales.

También aprendí que escribir es una forma de escucha. Que no basta con documentarse o dominar el lenguaje: es necesario detenerse, observar, mirar lo que otros no miran, preguntarse por qué ciertas historias no se han contado antes. Escuchar el silencio que hay detrás de cada dato, de cada fecha, de cada nombre. Por eso este trabajo fue también una escuela de sensibilidad.

Y quizá uno de los aprendizajes más valiosos fue comprender que un proyecto como este no se termina cuando se entrega, sino que deja una huella: en quien lo escribe, en quien lo lee, en quienes se ven reflejados en las historias. Descubrí que al narrar Analco no solo reconstruía el pasado, sino que también aportaba una lectura del presente. Y que esa lectura podía tener impacto.

4.2 Implicaciones éticas

Desde el inicio comprendí que trabajar con memoria, con historia y con representación social implicaba una gran responsabilidad ética. El barrio de Analco ha sido víctima de la marginación, del olvido institucional y de las narrativas simplistas que lo reducen a un espacio deteriorado, inseguro o prescindible. Caer en esas generalizaciones habría sido una falta grave. Por ello, cada una de las crónicas fue construida con sumo cuidado, respetando la complejidad de los personajes, evitando estereotipos y dándole voz a quienes generalmente son representados desde el prejuicio.

Las crónicas contemporáneas, aunque ficcionales, se inspiraron en realidades documentadas y buscaban siempre preservar la dignidad de sus protagonistas. El mecánico, la señora de las aves, la enfermera del hospital, el joven que vende droga, todos fueron personajes pensados no como “representaciones sociales” estáticas, sino como seres humanos con contradicciones, dolor, fuerza y

profundidad. Nunca quise hacer “color local” ni usar el sufrimiento como espectáculo. Por el contrario, el objetivo fue humanizar, mostrar la vida que resiste incluso en la precariedad, y hacer evidente que detrás de cada rostro hay una historia que merece ser contada con respeto.

Otro aspecto ético fundamental fue la clara diferenciación entre lo real y lo imaginado. Siempre que se utilizó una referencia histórica, arqueológica o cultural, esta fue respaldada con una fuente fiable. Las licencias literarias se usaron sólo donde correspondía, y aunque se utilizó la ficción como adorno y forma de resaltar los sucesos, se trató de ser lo más fiel a la historia evitando inventar datos ni tergiversando hechos. Esta ética de la veracidad fue clave para mantener la integridad del proyecto, aun dentro de una propuesta que combinaba historia y narrativa.

Finalmente, la ética también implicó una actitud de humildad frente al objeto de estudio. Entender que no soy dueño de la historia de Analco, que mi mirada es una entre muchas posibles, y que este trabajo no agota ni representa en su totalidad la identidad de un barrio tan complejo. Es solo un intento, un gesto, un acto de memoria.

4.3 Aportes sociales

El aporte principal de este proyecto es simbólico, pero no por ello menos poderoso: se trata de volver a mirar un barrio que ha sido históricamente desplazado del centro de la narrativa urbana de Guadalajara. Analco no aparece en los catálogos turísticos ni en los discursos oficiales, pero ha sido pieza clave en la fundación, expansión y vida cotidiana de la ciudad. Recuperar su historia, desde la fundación indígena hasta las tragedias del siglo XX, es un acto de justicia histórica.

Además, este proyecto contribuye al fortalecimiento de la memoria colectiva. En tiempos donde el olvido parece acelerarse —donde los barrios son borrados por la gentrificación, los nombres por la burocracia, y las historias por la prisa—, narrar es resistir. Es dejar un rastro. Es permitir que quienes habitan Analco, o han

escuchado hablar de él, puedan reencontrarse con su propio territorio desde otra perspectiva.

También hay un aporte cultural relevante: este trabajo puede servir como insumo para futuras investigaciones, para proyectos de divulgación patrimonial, para actividades escolares en zonas aledañas, o incluso para intervenciones sociales que busquen trabajar desde la identidad barrial. Las crónicas pueden ser leídas como cápsulas de memoria, como detonantes de conversación, como herramientas pedagógicas.

Por último, el proyecto aporta una metodología posible para abordar otros barrios históricos desde la combinación de documentación rigurosa y escritura narrativa. En ese sentido, representa un aporte a las formas de hacer historia local desde un enfoque interdisciplinario, sensible y creativo. No es necesario que la historia viva solo en los archivos: también puede contarse en voz baja, desde las banquetas, desde las esquinas, desde el interior de las casas.

5. Conclusiones

Este proyecto tuvo como objetivo principal rescatar, desde una perspectiva narrativa y documental, la historia social y cultural del barrio de Analco, con énfasis en su origen indígena, su proceso de transformación colonial y su realidad contemporánea. A través de la escritura de una serie de crónicas históricas y actuales, se buscó no solamente representar la evolución del barrio, sino también dignificar las voces, oficios, creencias y heridas de quienes han habitado este espacio a lo largo de los siglos.

En ese sentido, el objetivo se cumplió de forma plena. El trabajo permitió articular un corpus narrativo coherente, respaldado por fuentes documentales, bibliográficas y periodísticas confiables, que aporta a la memoria local desde una mirada literaria pero fundamentada. Se logró construir un relato coral en el que Analco deja de ser una periferia para situarse como eje cultural e histórico de Guadalajara.

Uno de los principales logros del proyecto fue demostrar que es posible unir el rigor académico con la sensibilidad literaria, y que esta alianza puede ofrecer nuevas formas de contar la historia barrial, haciendo accesible el conocimiento sin perder profundidad. Otro logro clave fue recuperar problemáticas estructurales del barrio —como el abandono urbano, la marginalización o las secuelas de las explosiones de 1992— y abordarlas desde una perspectiva humana, no sensacionalista ni simplista.

No obstante, hubo aspectos que quedaron abiertos o no pudieron desarrollarse completamente, y que representan oportunidades para futuras investigaciones o etapas del PAP. En primer lugar, el trabajo no incluyó entrevistas directas a habitantes actuales de Analco, lo cual habría enriquecido enormemente las crónicas contemporáneas con testimonios reales. Por razones de tiempo, formato y enfoque metodológico, se optó por construir personajes ficticiales con base a testimonios de los habitantes de la zona. Si bien, muchas de las características de los personajes son un cumulo de distintas personalidades, se optó por no usar personajes completamente reales o fidedignos. Una segunda etapa del proyecto podría integrar trabajo de campo y recoger voces individualizadas del barrio, ampliando así el valor testimonial del proyecto.

Otro aspecto que podría profundizarse es la dimensión gráfica y espacial: mapas históricos, fotografías comparativas o incluso un repositorio digital interactivo permitirían que las crónicas tengan mayor alcance y accesibilidad. Esto podría realizarse en colaboración con instituciones culturales o con organizaciones barriales interesadas en promover la memoria local.

Finalmente, el proyecto sienta las bases para una lectura más crítica del desarrollo urbano de Guadalajara, a partir de un caso concreto que, por su historia, puede funcionar como modelo de análisis para otros barrios en situación similar. En esa medida, la propuesta no se agota en sí misma, sino que queda abierta como punto de partida para futuras investigaciones, trabajos de difusión o intervenciones sociales en la ciudad.

En conclusión, el trabajo cumplió su propósito y dejó planteadas nuevas posibilidades: ampliar la escucha, profundizar el vínculo con la comunidad, y seguir

escribiendo no solo para contar el pasado, sino para imaginar un futuro más justo, donde los barrios como Analco ya no sean los márgenes del relato, sino parte central de nuestra historia compartida.

Bibliografía

- Acosta, F. (2019). El tiempo Jalisco. Archivo Histórico de Jalisco. Consultado en https://sgg.jalisco.gob.mx/sites/sgg.jalisco.gob.mx/files/el_tiempo_jalisco_-_no_39.pdf
- Alcántar, J. Thomas, G. (2017). Arquitectura religiosa de la feligrecía franciscana del convento de Tlajomulco. Universidad de Guadalajara. Consultado en https://cuaad.udg.mx/sites/default/files/libro-arquitectura_religiosa.pdf
- Bradbury, R. (1997). *The Martian Chronicles*. Harper Collins.
- Cárdenas, R. (2022). Las explosiones del 22 de abril, una historia narrada en imágenes. Carta económica regional. Consultado en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2683-28522022000200007
- Castillo, M. (1998). Analco: un barrio en la historia. *Alteridades*. Consultado en <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/download/492/491/0>
- Covarrubias, J., & Rosas, J. (2015). Identidad y territorio: La comunidad indígena de Mezcala. *Punto CU Norte*. Consultado en <https://revistas.cunorte.udg.mx/punto/article/view/7>
- El Informador. (2009). El Nacimiento de “Teo–michin–cihualli. *El Informador*. Consultado en <https://www.informador.mx/Suplementos/El-Nacimiento-de-Teo-michin-cihualli-20090718-0016.html>
- Fenochio, J. (2011). *Cronología de la Independencia*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. Consultado en https://www.inehrm.gob.mx/work/models/inehrm/Resource/437/1/images/crono_independencia.pdf
- Fernández, M. (s.f.). La cultura obrera y de género en fuego cruzado entre constitucionalistas, villistas y anarcosindicalista en Guadalajara, 1914–1916. *Ichan Tecolotl*. Consultado en <https://ichan.ciesas.edu.mx/688/>

- Ferrer, G. (2014). Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917. Biblioteca Constitucional INEHRM. Consultado en <https://www.inehrm.gob.mx/work/models/Constitucion1917/Resource/686/Mendiola.pdf>
- González, E. (2012). Entre tarascos te veas. Encuentros y desencuentros a lo largo de la frontera abierta del Irechequa Tzintzuntzani. Universidad de Guadalajara. Consultado en https://www.academia.edu/4091226/Entre_tarascos_te_veas_Encuentros_y_desencuentros_a_lo_largo_de_la_frontera_abierta_del_Irechequa_Tzintzuntzani
- Goyas, R. (2018). Las tierras de los pueblos de indios en la Nueva Galicia durante los siglos XVI y XVII. Universidad de Guadalajara. Consultado en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-44202018000200108&script=sci_arttext&utm
- Halbwachs, M. (1992). *On collective memory*. University of Chicago Press.
- Hayden, W. (2003). El texto histórico como artefacto literario”, en *El texto histórico como artefacto literario*, Introd. de Verónica Tozzi. Paidós.
- Iturbide, X. (2021). Los 5 Templos Más Antiguos de Guadalajara. *Revisiones de GDL*. Consultado en <https://revisionesgdl.com/2021/08/11/los-5-templos-mas-antiguos-de-guadalajara/>
- Jáuregui, J. (2004). Coras. Pueblos indígenas del México Contemporáneos. Consultado en <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/11025/coras.pdf>
- Kundera, M. (2000). *El arte de la novela*. Tusquets.
- Las cuatro Guadajaras. (2019). Las cuatro Guadajaras. Gobierno de Jalisco. Consultado en <https://www.jalisco.gob.mx/es/gobierno/comunicados/las-cuatro-guadajaras>
- López, R. (2020). Las mujeres en la vida cotidiana del Virreinato. *Gaceta UNAM*. Consultado en <https://www.gaceta.unam.mx/las-mujeres-en-la-vida-cotidiana-del-virreinato/>
- Martínez, B. (2008). Mezcala: Un pueblo coca en la defensa de su memoria. CEPAD. Consultado en <https://cepad.org.mx/wp-content/uploads/2020/03/2007-14-Mezcala-un-pueblo-coca.pdf>
- Muñoz, O. (2025). Los pueblos del valle de Atemajac: Territorio coca y tecuexe. *ZonaDocs*. Consultado en <https://www.zonadocs.mx/2025/02/13/los-pueblos-del-valle-de-atemajac-territorio-coca-y-tecuexe>

- Negrín, J. (1979). Los Huicholes: arte y creencias de los peregrinos de los dioses. *El correo de la UNESCO*. Consultado en https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000187236_spa
- Orozco, C. (2020). Analco: al otro lado del río. *El Occidental*. Consultado en <https://oem.com.mx/eloccidental/analisis/analco-al-otro-lado-del-rio-16052664>
- Palacios, M. (2010). La Guerra del Mixtón, el origen de la Guerra Chichimeca del siglo XVI. Licenciatura en Historia de la UAA. Consultado en https://www.researchgate.net/publication/362587519_La_Guerra_del_Mixton_el_origen_de_la_Guerra_Chichimeca_del_siglo_XVI
- Palacio, C. del. (2017). La capital de Jalisco en vísperas de la entrada de las tropas constitucionalistas a través de las páginas de La Gaceta de Guadalajara, 1914. Universidad de Guadalajara. Consultado en https://www.academia.edu/36625978/Capítulo_La_capital_de_Jalisco_en_vísperas_de_la_entrada_de_las_tropas_constitucionalistas_a_través_de_las_páginas_de_La_Gaceta_de_Guadalajara_pdf?utm=
- Palacio, C. del. (1995). *La Gaceta de Guadalajara (1902–1914). De taller artesanal a industria editorial*. Universidad de Guadalajara. Consultado en <https://celiadelpalacio.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/06/la-gaceta-de-guadalajara-1902-19141.pdf>
- Peña, G. de la. (2006). Culturas indígenas de Jalisco. Las culturas populares de Jalisco. Consultado en https://sc.jalisco.gob.mx/sites/sc.jalisco.gob.mx/files/culturas_indigenas.pdf
- Rodríguez, H. (2024) De la encomienda, la recaudación y algo más. *Revista de la Facultad de Derecho de México UNAM*. Tomo LXXIV, Número Especial 2024 Consultado en <https://revistas.unam.mx/index.php/rfdm/article/download/85706/79044/279568?utm>
m
- Romero, J. (2010). La Revolución mexicana. Archivo histórico de de Tepatitlán. Consultado en <https://www.tepatitlan.gob.mx/archivomunicipal/boletines/documentos++/3.2010-2012/8.Bolet%20C3%ADn%20No.8%20Revoluci%20C3%B3n%20Mexicana.pdf#:~:text=En%20Jalisco%20estall%20C3%B3%20el%20movimiento%20revolucionario%20en%20Guadalajara%20participando%20en%20el%20levantamiento%20armado>

- Sandoval, L. (2006). *Ayer, Guadalajara*. Guadalajara.
- Schmal, J. (2025) El Jalisco indígena en el siglo XVI: una región en transición. *Indigenous Mexico*. Consultado en https://www.indigenousemexico.org/articles/indigenous-jalisco-in-the-sixteenth-century-a-region-in-transition?utm_
- Serrano, I. (2018). Crean catálogo de petrograbados prehispánicos del centro de Jalisco. Universidad de Guadalajara. Consultado en <https://comsoc.udg.mx/noticia/crean-catalogo-de-petrograbados-prehispanicos-del-centro-de-jalisco>
- Students reinventing cities. (s.f.). Barrio de Analco, Guadalajara. Students reinventing cities. Consultado en https://www.c40reinventingcities.org/data/uni-competition_3ef69/fiche/618/es_students_reinventing_cities_guadalajara_formulario_del_sitio_3845a.pdf
- Vázquez, E. (2018). Analco: sus vecinos, sus delicias... el abandono. *Milenio*. Consultado en <https://www.milenio.com/cultura/analco-sus-vecinos-sus-delicias-el-abandono?utm>
- Vázquez, M. (2012). *Puente de Calderón. Las versiones de un célebre combate*. Instituto de Investigaciones Históricas.
- William, T. (2007). La virgen de Guadalupe, nuestra señora de los remedios y la cultura política del periodo de independencia. Universidad de California (Berkeley). Consultado en https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/145_taylor.pdf